

Nilo de Ancira  
**TRATADO ASCÉTICO**

### 1. *No hay verdadera filosofía sin libertad interior*

Muchos de entre los griegos y no pocos judíos han profesado la filosofía; pero sólo los discípulos de Cristo siguieron la verdadera filosofía, pues únicamente ellos poseyeron la sabiduría que enseña y demuestra con obras el método conveniente a este género de vida<sup>3</sup>. Porque aque-

llos primeros, como si estuviesen representando una escena dramática, no hicieron más que proveerse de una máscara extraña a sí mismos, asumiendo un nombre vacío y carente de la verdadera filosofía<sup>4</sup>. Con el manto, la barba y el bastón se exhibían como filósofos, pero al mismo tiempo cuidaban de su cuerpo y servían a sus deseos como a señores, eran esclavos del vientre y justificaban como naturales los placeres de debajo del vientre<sup>5</sup>, estaban dominados por la ira y afectados por el fulgor y el deseo de la vanagloria, listos para asaltar con avidez las mesas espléndidas de collares preciosos.

No sabían que el filósofo debe ser ante todo libre, y que debe huir de ser esclavo de las pasiones<sup>6</sup> más que

de ser comprado por dinero como esclavo de esclavos; porque es muy probable que al que vive rectamente no le perjudique en nada ser esclavo de los hombres, pero el que sirve a las pasiones como a tiranos es esclavo de los placeres y se cubre de vergüenza y de ridículo<sup>7</sup>.

2. *La práctica ascética que ignora el premio es una locura*

Entre ellos había quienes descuidaban la práctica totalmente, pero se creían instruidos en la filosofía racional<sup>8</sup>,

cuando algunos no eran más que charlatanes e intérpretes de cosas imposibles de demostrar, y o bien se jactaban de conocer la magnitud del cielo, las medidas del sol y la actividad e influjo de los astros, o bien se ponían a hacer disquisiciones teológicas allí donde la verdad es indemostrable y la conjetura peligrosa, viviendo entretanto más vergonzosamente que los que se revuelcan en el fango. Y si algunos se dieron realmente a la ascesis<sup>9</sup>, fueron peores que aquellos, pues la soportaron sólo por alcanzar gloria y alabanza<sup>10</sup>. Son esos infelices que lo remueven todo sin otro motivo que el deseo de ostentación y de gloria, para obtener a cambio de tan penoso trabajo una paga mezquina y de escaso valor; porque observar el más absoluto silencio, alimentarse de hierba, cubrirse el cuerpo con ásperos harapos, vivir encerrados dentro de una tinaja, sin esperar remuneración alguna después de la

muerte, sobrepasa los límites de la mayor locura<sup>11</sup>. Sería como eliminar de la vida los premios por la virtud y organizar para sí un certamen que careciera del momento de la coronación, una lucha sin tregua en la que no hubiera galardones o una arena de circo que no tuviera otra cosa que sudores<sup>12</sup>.

### 3. *Sin Cristo la ascesis se vuelve vana*

Entre los judíos hubo muchos que apreciaron este género de vida. Son los descendientes de Yonadab<sup>13</sup>, que

reclutaron en torno a sí a cuantos querían vivir del mismo modo, introduciéndoles en idénticos hábitos de conducta. Por eso habitan siempre en tiendas, se abstienen de vino y de todo manjar delicado y se someten a un régimen de vida frugal ajustado a las necesidades del cuerpo; pero, además, ponen todo su empeño en adquirir buenas costumbres, manteniéndose al margen de muchas cosas por la contemplación. De ahí que se les llame *jesos*<sup>14</sup>, indicando con este nombre que son doctos y, por emplear palabras más sencillas, que para ellos el fin de la filosofía es conducirse con rectitud en todo sin que ninguna otra actividad venga a ser obstáculo para su profesión. Pero ¿qué utilidad sacaron de sus luchas ellos, que eliminaron al que presidía las lides de sus ejercicios ascéticos, esto es, a Cristo?

De hecho, vieron cómo se malograba el salario de sus fatigas por haber negado al Supremo Distribuidor de los premios, equivocando así el camino de la verdadera vida y, por lo mismo, de la filosofía; porque ser filósofo significa tender a la perfección de las costumbres<sup>15</sup> y a

la gloria del verdadero conocimiento de Aquel que es<sup>16</sup>. Pero, tanto judíos como paganos<sup>17</sup> se apartaron de la filosofía, ya que, repudiando la Sabiduría bajada del cielo<sup>18</sup>, intentaron filosofar sin Cristo, el único en revelar con palabras y obras la verdadera filosofía<sup>19</sup>.

#### 4. *Cristo y los apóstoles, modelos de vida filosófica*

Él fue el primero en abrir el camino de la misma con su vida, mostrando el ideal puro de conducta y lle-

vando siempre el alma por encima de las pasiones corpóreas, hasta el extremo de llegar a menospreciarla cuando la salvación de los hombres, por él dispensada, exigía su despojamiento en la muerte<sup>20</sup>. De este modo enseñaba que el que se prepara de veras para la filosofía superior<sup>21</sup> debe renunciar a todos los placeres del mundo, soportar la fatiga y dominar completamente las pasiones, despreciar el cuerpo y no estimar siquiera la vida<sup>22</sup> como algo precioso<sup>23</sup>, sino prodigarla de buena gana si llega el momento de tener que sacrificarla para dar testimonio de la virtud.

Tal es la conducta que imitaron los santos apóstoles desde el instante en que fueron llamados. Renunciando al mundo y despreciando patria, familia y fortuna, abrazaron de inmediato una vida dura y laboriosa, reco-

rriendo un camino lleno de asperezas, abatidos, vejados, hostigados, indigentes de las cosas más necesarias. Pero justamente entonces salieron con resolución al encuentro de la muerte, imitando en todo al Maestro y dejando al mundo el más preclaro ejemplo de conducta<sup>24</sup>.

Los cristianos debían conformar su vida a este modelo, pero no todos quisieron o pudieron —porque flaquearon en la imitación<sup>25</sup>. Unos pocos, sin embargo, fueron capaces de superar las agitaciones del mundo y huir del tumulto de las ciudades, y así, fuera ya de esta vorágine, abrazaron la vida solitaria<sup>26</sup>. Sólo estos hicieron

de su vida una imagen de la virtud apostólica<sup>27</sup>, anteponiendo la pobreza a la riqueza para no estar divididos y prefiriendo el alimento sin aliñar al bien condimentado, mostrándose capaces de saciar, tal como se presentan, las necesidades corporales sin dar pábulo a la insurrección de las pasiones y despreciando los vestidos delicados y las cosas superfluas como invención del lujo humano. Quisieron usar hábitos simples y sobrios, suficientes para cubrir la necesidad del cuerpo, y desdeñaron la suntuosidad por considerar impropio de un filósofo despreocuparse

de las realidades celestes para ocuparse de las terrenas, rebajando la mente al nivel (instintivo) de las bestias<sup>28</sup>. No conocían el mundo<sup>29</sup>, pues estaban por encima de las pasiones humanas y entre ellos no había ni usurpador ni usurpado, ni acusador ni acusado<sup>30</sup>.

5. *La ejemplar igualdad y la no menos ejemplar desigualdad*

Cada uno tenía por juez incorruptible la propia conciencia, y ninguno de ellos abundaba en riquezas

mientras otro pasaba necesidad, ni desfallecía de hambre mientras otro reventaba de hastío, pues la liberalidad de los opulentos colmaba la penuria de los indigentes. La voluntaria comunión de los más ricos con los más pobres eliminaba la disparidad; por eso, reinaba la igualdad en el reparto equitativo<sup>31</sup>. Aunque la verdad es que entonces tampoco había igualdad, porque el ardor de los que rivalizaban por ser más pobres también provocaba la desigualdad, como ahora la provoca el delirio de los que rivalizan por ser más ricos. Proscrita la envidia y desterrada la maledicencia, sometida la soberbia y ahuyentada la vanagloria, toda causa de discordia quedaba disuelta. Algunos, en efecto, habían muerto ya a las pasiones más vehementes, haciéndose tan insensibles a ellas que ni en sueños las imaginaban; y es que desde el principio habían combatido con toda diligencia el recuerdo de las mismas, ascendiendo mediante el ejercicio cotidiano de las virtu-

des y la paciencia hacia ese estado de perfección<sup>32</sup>. Eran sencillamente lumbreras que brillaban en medio de las tinieblas y estrellas fijas que iluminaban la noche caliginosa de la vida e indicaban a todos con su paz el fácil acceso al puerto seguro, para que, incólumes, evitasen las acometidas de las pasiones.

#### 6. *La degradación de la ascesis primera*

Pero este género de vida esmerado y celeste fue poco a poco deteriorándose, como se deteriora una imagen por causa de la negligencia de los que la reproducen en el trascurso del tiempo, hasta llegar al extremo de la semejanza y situarse totalmente en las antípodas del arquetipo<sup>33</sup>. Pues aquellos que antes estaban crucificados para el mundo y habían renunciado a la vida presente, no queriendo resignarse a ser simplemente hombres, sino luchando por pasar de la impasibilidad a la emulación de la naturaleza de las potencias incorpóreas<sup>34</sup>, dieron des-

pués marcha atrás, tornando de nuevo a las ocupaciones mundanas y a los negocios reprobables, desfigurando así la perfección de los que en el pasado habían vivido este ideal con toda rectitud y desacreditando<sup>35</sup>, a causa de la propia negligencia, a los que podían ser celebrados y glorificados debido a su virtud. Y, ciertamente, mientras conservamos este hábito venerable, seguimos sosteniendo la esteva del arado<sup>36</sup>, pero nos hemos hecho ineptos para el reino de los cielos, porque nos hemos vuelto atrás, persiguiendo con enorme empeño cosas que tenían que haber sido olvidadas. Pues ya no practicamos un género

de vida fácil y espontáneo<sup>37</sup>, ni tenemos la debida estima por la quietud y el silencio que nos son tan útiles para dar muerte a las antiguas impurezas<sup>38</sup>. Lo que ahora

apreciamos es esa caterva de negocios vanos e inútiles que nos estorban para la consecución del verdadero fin<sup>39</sup>; y la codicia de las cosas materiales ha acabado prevaleciendo sobre los consejos saludables.

En efecto, después de habernos arrancado totalmente el Señor de la preocupación por las cosas terrenas y de habernos mandado buscar sólo el reino de los cielos<sup>40</sup>, nosotros, sin embargo, como si estuviéramos empeñados en seguir el camino contrario, descuidamos los mandatos del Señor y, abandonada aquella solicitud, pusimos nuestra esperanza en las obras de nuestras manos. Pues él dice: *Mirad a las aves del cielo, que no siembran, ni cosechan, ni almacenan en los graneros y, sin embargo, vuestro Padre celestial las alimenta*<sup>41</sup>. Y más adelante: *Observad los lirios del campo, cómo crecen, y no trabajan ni hilan*<sup>42</sup>. También prohibió llevar consigo alforja, bolsa y bastón<sup>43</sup>, y les mandó apoyarse únicamente en la infali-

ble promesa que hizo a sus discípulos cuando les envió a esparcir la semilla del bien entre todos los hombres, diciendo: *Digno es el obrero de su sustento*<sup>44</sup>. Sabía, evidentemente, que, para la providencia de lo necesario, aquella promesa era más sólida que nuestra solicitud y empeño.

### 7. *Sólo sombras de la vida ascética de antaño*

Nosotros, sin embargo, no renunciamos a obtener el mayor espacio posible de tierra, ni a comprar rebaños de ovejas y bueyes de labranza, eximios en el porte y en el tamaño, y asnos bien cebados: las ovejas, para que nos suministren lana en abundancia para uso de los diversos trabajos; los bueyes, que proporcionan la labranza necesaria al cultivo del campo, para procurarnos alimento para nosotros y pasto para ellos mismos y los demás animales; y los burros de carga, para el transporte de lo que falta en nuestra región, pero que es suplemento oportuno para el sustento necesario y para el incremento de nuestro bienestar.

De las artes, practicamos las que nos procuran mayor ganancia, aunque no nos dejen tiempo para acordarnos de Dios, puesto que reclaman para sí todo nuestro ocio<sup>45</sup>. Mientras tanto, como es natural, echamos la cul-

pa de todo ello, o a la flaqueza del que tiene la obligación de guiarnos, o a nosotros mismos por haber hecho un día esta profesión<sup>46</sup>; porque, aunque no lo reconoz-

camos explícitamente, estamos dando a entender con nuestras obras que la manera de vivir de los hombres mundanos nos gusta, puesto que nos dedicamos a las mismas cosas que ellos, consumiéndonos tal vez más que ellos incluso en los afanes materiales. De este modo estamos contribuyendo a que muchos crean que para nosotros la religión no es sino un medio de ganancia y la profesión religiosa, abrazada en otro tiempo para el cultivo de una vida serena y feliz<sup>47</sup>, una falsa piedad con la que poder huir de los servicios sociales más gravosos, un modo de procurarnos licencia para el placer, sin que nadie ponga obstáculos a nuestros impulsos desenfrenados por las cosas apetecidas, burlándonos sin rubor alguno de las personas más simples, y posiblemente también de las eminentes, dado que consideramos la vida virtuosa no como materia de humildad y de mansedumbre, sino de arbitrariedad sin límites<sup>48</sup>.

Por eso, no es extraño que los que debían venerarnos nos desprecien como a turba ociosa e improductiva y los hombres promiscuos que viven en el mundo se burlen de nosotros, que no estamos menos embrollados que ellos en los asuntos públicos, ni nos distinguimos de los demás por nuestro comportamiento virtuoso, como si quisieramos darnos a conocer no por el modo de vivir, sino por el hábito<sup>49</sup>. Repudiando los esfuerzos propios de la virtud, aspiramos desafortadamente a la gloria que ellos reportan cuando no brindamos más que una sombra de la verdad de otros tiempos.

#### 8. *Como sepulcros blanqueados*

Hoy se toma este hábito venerable sin antes haber purificado el alma de las propias manchas y sin haber borrado de la propia mente las señales impresas de los antiguos pecados que tal vez retozan todavía en la imaginación, sin haber conformado satisfactoriamente las costumbres a la Regla<sup>50</sup> y sin conocer siquiera cuál es el fin de la filosofía según Dios<sup>51</sup>. A pesar de ello, se restaura la arro-

gancia farisaica y se pone el orgullo en el simple hábito como si ahí radicase la virtud perfecta. Terminan por menoscabar, al fin, una indumentaria cuyo arte no aprendieron nunca. Mediante el aspecto externo se anuncia un conocimiento que no se probó siquiera con la punta de los labios. El monje se revela entonces escollo en lugar de puerto, sepulcro blanqueado<sup>52</sup> en vez de templo y lobo sorprendido en la ruina de los extraviados por la apariencia en vez de oveja<sup>53</sup>.

Cuando estos escapan de los monasterios, por considerar insoportables los rigores de la vida monástica, suelen marchar a las ciudades. Allí, empujados por la necesidad del vientre, con el cuello inclinado, engañan a muchos sirviéndose como cebo de su aspecto simuladamente piadoso, sin importarles hacer lo que haga falta para remediar las exigencias del propio cuerpo; porque no hay nada más vehemente que la necesidad física, que siempre sugiere el camino apto para superar los mayores obstáculos, sobre todo cuando interviene la pereza largamente alimentada. Entonces se insinúa el pretexto más sagaz.

Por eso están sentados como parásitos a las puertas de las casas de los ricos o se apiñan en las plazas como hacen los esclavos, y, apartando a los que se les aproximan y empujando a los que les salen al paso, procuran facilitarles el camino. Y todo esto lo hacen porque sienten la necesidad de una buena mesa, dado que no han

aprendido a reprimir el placer voluptuoso de los apetitos, ni han querido llevar en el ceñidor la vara de Moisés, capaz de extraer lo necesario para vivir<sup>54</sup>. De haber hecho uso de ella, habrían sabido que el término de todo placer de alimentos es la garganta y que todo lo que se ofrece para saciar la penuria corporal oculta la deformidad de los deseos intempestivos.

9. *El descrédito de la vida monástica, obra de tráfugas convertidos en parásitos*

Por esto es injuriado el nombre de Dios y la vida más deseable se ha convertido en algo execrable. Los bienes de los que viven realmente conforme a la virtud pasan a ser considerados falaces<sup>55</sup>; las ciudades se pueblan de vagabundos a la ventura que hacen sentir su peso sobre ellas, y los que habitan en sus casas se molestan y disgustan ante semejante espectáculo, al verles mendigar descaradamente apostados en sus puertas e incluso, como hacen muchos, instalados dentro de ellas. Simulan un poco de vergüenza y, ocultando con la máscara del fingimiento su reputación de rufianes, no desisten hasta verles saqueados.

De este modo desacreditan públicamente la vida monástica en general, hasta el punto de ser arrojados de las ciudades como corruptores los que en otro tiempo

habían sido sus preceptores. Perseguidos como malditos no menos que los leprosos y más que los ladrones, se prefiere confiar en los taladradores de paredes más que en estos tráfugas de la vida solitaria, pues se piensa que es más fácil hacer frente a la rufianería manifiesta que a la mala fe encubierta e insidiosa.

Estos no han tenido nunca espíritu religioso, ni siquiera al comienzo; tampoco han conocido las ventajas de la soledad<sup>56</sup>. Ingresaron en la vida monástica por pura inercia, empujados tal vez por la necesidad, sirviéndose de ella como de un medio mercantil para procurarse lo necesario. A mi juicio, hubieran podido conseguir esto mismo con más decoro de no haber ido llamando a todas las puertas y de haber tenido siempre a la vista con temor reverencial el hábito que vestían, para no andar persiguiendo ganancias más pingües en su deseo de proporcionar al cuerpo no simplemente lo necesario, sino esos manjares que inventó la molicie desde los apetitos desenfrenados de los que viven en el lujo. ¡Y curar a los enfermos de tales enfermedades incurables es difícil!<sup>57</sup>.

10. *La inútil corrección y el escándalo de los que retornan a la vida pasada*

Pero ¿cómo explicar las ventajas de la salud a los que no han estado nunca sanos, sino que crecieron en la consunción de la enfermedad desde su misma cuna, pensando por mor de la costumbre que la disfunción que ellos padecen no difiere en nada del hábito natural<sup>58</sup>? En efecto, cuando la inclinación de los oyentes tiende a lo peor, cualquier palabra de corrección resulta inútil; más aún, obtiene el efecto contrario a lo pretendido por el consejo, sobre todo cuando al deseo se añade la esperanza del lucro que lo alimenta. Entonces, la pasión cierra enteramente los oídos al consejo, de modo que las exhortaciones a la prudencia no encuentran vía de acceso puesto que el corazón se dejó ganar por el deseo vehemente de lucro, aun siendo éste vil.

Pero nosotros, queridos, que hemos renunciado al mundo —así lo creemos— por el ansia de virtud<sup>59</sup>, que

hemos rechazado los deseos mundanos y hemos hecho profesión de seguir a Cristo, ¿por qué nos enredamos de nuevo con las distracciones de esta vida, volviendo a levantar para nuestra ruina lo que ya habíamos demolido con tanto acierto? ¿Por qué nos conformamos a la mala conducta de aquellos que persiguen lo que no es lícito, atizando con nuestro ardor por las cosas fútiles los deseos de los más débiles y convirtiéndonos así en sendero de avaricia para los más simples?

11. *¡No seamos piedra de tropiezo!*

Porque el Señor nos ha mandado curar<sup>60</sup> a los débiles, no atormentarlos, y mirar al provecho del prójimo<sup>61</sup> más que a nuestra propia complacencia, no sea que, dejándonos llevar de los impulsos irracionales, seamos piedra de tropiezo para mucha gente simple al darles ocasión de ambicionar los bienes terrenos<sup>62</sup>.

¿Por qué concedemos tanto valor a esta materia que nos enseñaron a despreciar?<sup>63</sup> En la medida en que

vivimos sometidos a las posesiones y riquezas, tenemos el corazón<sup>64</sup> dividido por numerosas e inútiles solicitudes, cuya preocupación nos distrae de atender a las cosas más necesarias y nos dispone a mirar con indiferencia los bienes del alma<sup>65</sup>. Pero tales solicitudes conducen a un pro-

fundo abismo a los que aspiran al esplendor de este mundo pensando que el más alto grado de felicidad se halla en el disfrute de las riquezas.

Al tiempo que hacen profesión de vida filosófica, alardean de haber superado los estímulos del placer, pero con los hechos muestran que tienden a estas cosas más que nosotros. No hay, sin embargo, nada que merezca tan gran castigo como hacer de los demás imitadores de los propios vicios, porque la perdición de los imitadores será un suplemento de pena, una condena no pequeña, para el maestro, es decir, para el que fue preceptor de los vicios de quienes no rehusaron imitar su mala conducta. En cambio, los que, razonando sabiamente, entendieron su enseñanza como infame, huyeron de ella.

Nadie se ofenda, por tanto, con lo dicho, sino corrija las irregularidades que, a causa de la negligencia de la mayoría, han provocado el desprestigio de este nombre, o renuncie al mismo nombre<sup>66</sup>. Porque, si su pro-

pósito es filosofar, debe saber que, según la filosofía profesada, las posesiones son superfluas y que, en razón de la pureza del alma, hay que extrañarse hasta del propio cuerpo<sup>67</sup>. Pero, si el mayor deseo de algunos es poseer bienes terrenos y gozar de los placeres de la vida, ¿por qué magnifican con palabras esta filosofía a la vez que profesan con sus obras lo contrario, llevando a la práctica acciones que contradicen lo profesado y revistiéndose del venerando nombre de filósofos?

## 12. *El pesado yugo de las preocupaciones terrenas*

No juzguemos, por otra parte, denigrante que los considerados por nosotros personas de segundo rango,

aquellos a quienes llamamos mundanos, nos echen en cara haber olvidado los mandamientos del Salvador y nos enseñen a observar los preceptos del Señor que hemos postergado, siendo así que ellos tendrían que aprender de nosotros.

Sucede, en efecto, que cuando nos peleamos son ellos los que nos recuerdan que el siervo del Señor no debe entrar en litigio con su hermano, sino ser dulce y bondadoso con todos<sup>68</sup>; y cuando rivalizamos por las posesiones y riquezas, son ellos los que nos dicen: *Si alguien te quita la túnica, dale también la capa*<sup>69</sup>.

Pues bien, ¿qué otra cosa hacen sino reirse de nosotros caricaturizándonos y ridiculizándonos al poner de manifiesto la contradicción existente entre nuestra conducta y nuestra profesión? Porque no hay necesidad de litigar con el que nos disputa las posesiones<sup>70</sup>, ni hacer todo lo que nos exige el cuidado de las mismas<sup>71</sup>. Uno movió el límite de la viña y se la apropió como si fuera suya; otro te invadió el terreno con su ganado; otro te cortó la corriente de agua que regaba tu huerto; ¿debes, por eso, enfurecerte y ponerte peor que un loco, haciendo recaer sobre ellos tu venganza reparadora, afligiendo en los tribunales tu mente, que ha de estar ocupada en la contemplación de las realidades celestes<sup>72</sup>, y empeñando

la facultad contemplativa en la destreza forense para no obtener sino un montón de cosas inútiles? ¿Por qué reclamamos como propio lo que no es nuestro<sup>73</sup> y nos aparejamos con las pesadas cadenas de la materia, sin prestar atención a la voz del que llama desgraciados a estos hombres?<sup>74</sup>. Pues, como dice el profeta, ¡ay del que

recoge lo que no es suyo!<sup>75</sup> ¡Hará más duro y pesado su yugo! Porque si nuestros perseguidores son ligeros, tal como está escrito: *Los que nos perseguían eran más veloces que las águilas*<sup>76</sup>, y nosotros vamos cargados de negocios mundanos, es evidente que avanzaremos más lentamente que ellos y seremos presa fácil de nuestros enemigos, aquellos de quienes Pablo nos enseñaba a huir cuando decía: *Huid de la fornicación y de la avaricia*<sup>77</sup>.

No logrará el premio de la victoria el que, después de haber iniciado con ímpetu la carrera, no continúe con el mismo impulso del comienzo, pues el adversario que nos persigue tiene más ligeros los pasos<sup>78</sup>.

### 13. *La virtud supera a la naturaleza*

Gran impedimento para los que tienden a la virtud<sup>79</sup> es la pasión por las cosas terrenas, y con frecuen-

cia causa de perdición tanto para el alma como para el cuerpo. Porque ¿qué fue lo que provocó la ruina del israelita Naboth?<sup>80</sup> ¿No fue acaso la causa de su muerte una viña codiciada, una viña que empujó a su vecino Acab a cometer el asesinato? ¿Y qué hizo que quedasen fuera de la tierra de promisión la mitad de dos tribus?<sup>81</sup> ¿No fue acaso la abundancia de los rebaños? ¿Y qué otra cosa fue lo que separó a Lot de Abraham, sino el gran número de cabezas de ganado que dio origen a continuas disputas entre los pastores hasta hacerles romper al uno con el otro?<sup>82</sup> Luego si las posesiones materiales, sin tener nada en común con la vida futura ni ser muy necesarias para la vida corporal, incitan a los codiciosos a matar incluso a los que las poseen y apartan a los mismos propietarios de las cosas más importantes, si causan divisiones entre parientes y provocan enemistades entre amigos, ¿por qué nos entregamos al cuidado de estas vanidades, descuidando el servicio divino?<sup>83</sup>

¿Somos acaso nosotros los que llevamos a término las cosas de nuestra vida? Dios es quien las administra; y sin su ayuda, la solicitud del hombre fracasa necesariamente en sus objetivos; sin la cooperación humana, en cambio, la *economía* de Dios<sup>84</sup> conduce todas las cosas a su perfección. ¿Qué provecho sacaron de su propia fatiga aquellos a quienes Dios dirigió estas palabras: *Sembrasteis mucho, pero habéis recogido poco y yo lo aventé de vuestras casas*<sup>85</sup>? Pero ¿qué les faltó, en cambio, de lo necesario a los que vivieron según la virtud sin preocuparse en absoluto de aquello?

¿No comieron durante cuarenta años los israelitas en el desierto<sup>86</sup>, sin que les faltara el alimento, a pesar de no haber recogido nada del cultivo de la tierra? ¿No les proveyó el mar de una comida milagrosa al arrojar de sí una matriz de codornices? ¿No se les abrió la roca árida para suministrarles una abundante fuente de agua? ¿No hizo bajar el maná, esa lluvia admirable y prodigiosa, el cielo? Durante todo ese espacio de tiempo se sirvieron de vestidos y calzados que, a pesar de su deterioro, no se consumían.

¿Qué tierra, en fin, cultivó para su nutrición Elías cuando estuvo en el torrente?<sup>87</sup> ¿No le proporcionaron

el alimento los cuervos? ¿Y, mientras iba de camino, no le ofreció en Sarepta una viuda, necesitada de lo necesario, un pan, quitandoselo de la boca a sus propios hijos, para demostrar así que la virtud es superior a la naturaleza?

#### 14. *La oración de los amigos del Señor*

Estos sucesos extraordinarios no van contra el orden natural, pero lo sobrepasan; pues, cuando Dios quiere, se puede vivir sin comer. Porque ¿cómo es posible que Elías fuese capaz de recorrer un camino de cuarenta días con el vigor que da una sola comida?<sup>88</sup> ¿Y cómo habría podido Moisés permanecer sin probar alimento humano durante los ochenta días que duró su coloquio con Dios en la montaña?<sup>89</sup> En efecto, después de cuarenta días de estancia en el monte, bajó; pero, indignado por el becerro que habían construido, destruyó al instante las tablas y subió de nuevo a la montaña. Tras otros cuarenta días aplicándose allí a la recuperación de las segundas tablas, volvió a su pueblo.

¿Qué humano raciocinio podrá explicar la verosimilitud de este milagro? Es difícil imaginar que un cuerpo, sujeto por naturaleza al cambio y exhausto por no haber ingerido los alimentos que restauran el vigor diariamente perdido, haya podido resistir tal situación. Pero la palabra de Dios resuelve esta aporía cuando dice: *No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios*<sup>90</sup>.

¿Por qué, pues, tiramos por tierra una vida hecha para el cielo arrastrándola hacia el abismo de las tribulaciones materiales? ¿Por qué los que nos nutríamos con leche de coco nos rodeamos ahora de estiercol, como dice Jeremías en alguna de sus Lamentaciones<sup>91</sup>? Pues cuando reposamos entre pensamientos de luz y de fuego nos alimentamos con leche de coco, y cuando abandonamos ese estado y nos enredamos con los asuntos terrenos nos cubrimos de estiercol.

¿Y por qué apartamos nuestra esperanza de Dios, apoyando la carne en nuestro brazo y atribuyendo a nuestras manos lo que depende de la providencia del Señor? Hoy no tememos repetir la experiencia que Job consideró pecaminosa de poner las manos sobre la boca haciendo ademán de besarlas; porque muchos tienen por costumbre besar las manos, pues dicen que por ellas obtienen el bienestar. Pero la Ley, con lenguaje oscuro y por medio del símbolo, les rebate: *El que se apoya en las manos para caminar es impuro, y el que tiene muchos pies es también impuro, y el que camina sobre cuatro es totalmente impuro*<sup>92</sup>.

Anda con las manos el que en ellas se apoya y pone su esperanza; camina sobre cuatro pies el que se aficiona de tal manera a las cosas sensibles que su espíritu acaba absorbido por estas cosas; y marcha sobre muchos pies el que se ha dejado envolver por las realidades corpóreas.

Por eso, el sabio autor de los Proverbios quiere al hombre perfecto no con dos pies, sino con uno, y éste raramente atraído por los intereses del cuerpo: *Pon tu pie —dice— raras veces en casa de tu amigo, para que nunca se canse de ti y llegue a aborrecerte*<sup>93</sup>. Será uno amigo de Cristo si sólo en contadas ocasiones le suplica por sus necesidades corporales<sup>94</sup>; pues éste es el objeto de tales amigos, como el mismo Salvador revela a sus discípulos: *Vosotros sois mis amigos*<sup>95</sup>. Pero si lo hace con demasiada insistencia, se volverá odioso<sup>96</sup>.

#### 15. *El simbolismo de las piernas y los pies*

¿A quién podrá dirigirse, por tanto, sin ser despreciado, el que se encuentra totalmente inmerso en los ne-

gocios del mundo, si no se levanta de una vez para tomar la senda justa de la vida? Está impedido, porque no tiene piernas que le permitan elevarse sobre sus pies desde la tierra. Pues como las piernas, que al doblarse hacen converger sobre sí el peso del cuerpo, se abajan hasta tocar casi la tierra para saltar de inmediato hacia lo alto, así también nuestras facultades racionales se abajan primero al nivel de las necesidades corporales para elevarse en seguida a las actividades propias del pensamiento superior. Tornan, pues, a lo alto sin haber contraído contagio alguno con las cosas terrenas.

Y les es conveniente enderezar las piernas no sólo a los muy voluptuosos y a los que siempre yacen en el nivel más bajo, sino también a las potestades santas que, para elevarse, no tienen necesidad de miembros corporales ni de pies.

En mi opinión, cuando el gran Ezequiel habla de sus piernas erectas y de sus pies alados<sup>97</sup>, alude a la estabilidad de la mente y a la agilidad para entender propia de aquella naturaleza.

Los hombres, sin embargo, deben tener las piernas inclinadas, para atender de cuando en cuando a las necesidades corporales; pero otras muchas veces tendrán que elevarse a las actividades del alma, porque el alma está emparentada con las potestades celestes, pudiendo entrar en fácil coloquio con ellas, mientras que el cuerpo por propia inercia tiende a la tierra tanto cuanto le obliga la necesidad. No obstante, sería realmente impuro e indigno

de hombres dotados de conocimiento racional abandonarlo por completo a los placeres.

En efecto, al que camina sagazmente sobre cuatro pies y no con simplicidad<sup>98</sup>, la Biblia lo llama impuro<sup>99</sup>; pero sólo si camina siempre sobre los cuatro; porque también ella permite que los seres corpóreos dispongan de un tiempo para dar respuesta a las exigencias del cuerpo. Así, Jonatán anduvo sobre cuatro pies<sup>100</sup> para combatir contra Najás, el Ammonita, y lo venció siguiendo la sola exigencia de la naturaleza, porque convenía que el que tenía que luchar contra una serpiente (tal es el significado de Najás) que se arrastraba con violencia sobre el pecho, se asemejase por algún tiempo a ella andando a cuatro pies. Así fue como pudo vencer a su enemigo para emprender de nuevo con suma facilidad su habitual modo de andar en posición erecta.

## 16. *La vigilancia confiada del monje*

¿Y qué otra cosa nos revela la historia de Yebute<sup>101</sup>? ¿Acaso no nos enseña a mantenernos suficientemente distantes de las cosas corpóreas y a no confiar a los sentidos la custodia de nosotros mismos? Se narra, en efecto, que este rey, mientras descansaba en su aposento, confió a su mujer la custodia de la puerta; pero vinieron los de Racán, la encontraron adormilada, puliendo el grano, entraron sin hacerse notar y mataron a Yebute, que dormía. Porque, cuando prevalecen las necesidades corporales, todas las facultades duermen: la mente, el alma, el intelecto y el sentido.

El hecho de que la portera se dedique a pulir el grano indica que su pensamiento estaba ocupado, y no ocasionalmente, en cosas materiales, pero que se había ejercitado con cierto empeño en la limpieza de tales cosas. De la misma narración resulta evidente que la Escritura no quiere enseñar esto a modo de historia<sup>102</sup>; por-

que ¿en qué cabeza cabe que un rey haya confiado la custodia de su puerta a una mujer? ¿No disponía para su defensa de una guarnición de soldados? ¿No había en torno a él todo un aparato militar? ¿Cómo podía estar tan desprovisto de medios que tuviera que encargar a su mujer la tarea de pulir el grano? Son detalles absurdos que a menudo se mezclan con la historia para significar una verdad.

Aquí se alude a nuestro espíritu que se comporta dentro de nosotros como aquel rey. Este confía la custodia de la puerta de los sentidos a la inteligencia; pero cuando la inteligencia se aplica a las cosas materiales, como la mujer que se pone a pulir el grano, entran por la puerta sin ninguna dificultad enemigos furtivos que la dan muerte<sup>103</sup>.

Por eso, el gran Abraham no confió la custodia a una mujer<sup>104</sup>. Conocía, en efecto, la fuerza engañosa de los sentidos que, prendados con deleite en la visión de las cosas sensibles, distraen a la mente y la persuaden de que debe participar con ellos de sus delicias, con evidente riesgo para aquélla que se deja persuadir. Él mismo estuvo sentado a la puerta, manteniéndola abierta a los pensamientos divinos y cerrándola a las solicitudes mundanas<sup>105</sup>. Porque ¿qué utilidad nos reportan estas vanidades para la vida? ¿No lamenta acaso el Eclesiastés que toda fatiga humana acabe en la boca<sup>106</sup>? ¿Y no dice el Apóstol que para el sustento de esta pobre carne basta tener de qué comer y con qué vestirse<sup>107</sup>? No vale la pena, por tanto, afanarse en infinidad de trabajos, como dice Salomón<sup>108</sup>, arrojando al viento el fruto de nuestras fatigas e impidiendo al alma gozar de los bienes divinos por tenerla atada como con cadenas a las solicitudes terrenas y por prestar un cuidado excesivo a la carne. Si la nutrimos como a un enemigo que nos hace la guerra, nuestro

combate contra ella no sólo será incierto, sino también más duro, porque el alma, al sufrir el asalto de muchas partes y de fuerzas superiores, se verá profundamente afligida y el combate no le permitirá obtener coronas y honores.

¿Cuál es, por tanto, la necesidad del cuerpo, para que, excusándonos en ella, alarguemos el deseo a la inútil incertidumbre de las cosas? En absoluto sólo tenemos necesidad de pan y de agua; las fuentes ofrecen agua en abundancia, y el pan es fácil de conseguir a cuantos disponen de manos y pueden procurárselo con el trabajo, dándose a esas actividades corporales que hacen al caso y que poco o nada distraen<sup>109</sup>.

¿Es el vestido el que tanto nos preocupa? Ni siquiera esto debe preocuparnos si no miramos a la molición de la moda, sino a la sola necesidad. Porque ¿qué vestidos sutiles como telas de araña, qué lino, púrpura o seda, llevaba el primer hombre? ¿No le proporcionó el Creador una indumentaria de piel y le mandó alimentarse de hierba?<sup>110</sup> Con este mandato ponía un límite a las necesidades del cuerpo<sup>111</sup>, ordenando así las cosas y eliminando desde ese instante la vergüenza que el hombre de hoy llama civilización. Y no digo que el que nutre a los pájaros del cielo alimentará también ahora a los que viven en la perfecta rectitud y que el que rodea de tan gran esplendor a los lirios del campo vestirá asimismo a los hombres<sup>112</sup>, porque es absolutamente imposible convencer a personas que tanto se han alejado de esta fe. ¿Quién, en

efecto, mediando la súplica, no concederá lo necesario a los que viven virtuosamente?<sup>113</sup>.

### 17. *La virtud, promotora de caridad*

Pues, si hombres bárbaros, como los babilonios, que tomaron por derecho de guerra Jerusalén, tuvieron deferencia por la virtud de Jeremías y le prestaron generosamente todos los servicios materiales posibles, proporcionándole no sólo provisiones de alimento, sino también los vasos en los que solía servirse en los banquetes, ¿cómo no van a respetar una vida virtuosa los que, perteneciendo a la misma raza, fueron educados desde niños en la purificación de su espíritu de todo barbarismo<sup>114</sup> y en el reconocimiento de la virtud y del celo como verdaderos bienes? De hecho, aunque muchos no hayan podido llegar a ser ascetas (de la virtud) debido a su debilidad natural, al menos sienten estima por la virtud y admiran a los que la practican<sup>115</sup>.

¿Qué indujo a la Sunamita a construir un albergue para Eliseo y a equiparlo con una mesa, una silla, una ca-

ma y una lámpara? ¿No fue la virtud de aquel hombre?<sup>116</sup> ¿Y qué ablandó el corazón de aquella viuda para anteponer el servicio del profeta a la propia necesidad, cuando toda la región se hallaba bajo el azote del hambre? Si no hubiese quedado totalmente impresionada por la santidad<sup>117</sup> de Eliseo, no se hubiera privado nunca de lo poco que aún podía sustentar su vida y la de sus hijos para cedérselo a él. Imaginaba que la muerte estaba muy cerca, cuando decidió anticiparla por amor hacia el huésped.

#### 18. *El poder de la virtud*

Y les hizo tan virtuosos la generosidad con que soportaban, indómitos, las tribulaciones y el desprecio que siempre tuvieron por la vida terrena. Entregados de lleno a la sobriedad y necesitados de muy poco, fueron progresando hasta no sentir ya, por así decir, necesidad de nada, hasta alcanzar un estado muy próximo al de las Potencias incorpóreas<sup>118</sup>. Y aunque no apareciesen como tales en el cuerpo, ni se distinguiesen de los demás, llegaron a ser más poderosos que los todopoderosos del mundo, hablando con los hombres que portan coronas con una libertad mayor que la que ellos tienen con sus súbd-

tos. ¿Con qué armas, en efecto, o a qué fuerza se confió Elías para dirigirse a Acab con estas palabras: *Yo no arruino a Israel, sino tú y la casa de tu padre*<sup>119</sup>? ¿Y en qué modo se opuso Moisés al faraón, desafiándole, sin tener más recurso que la virtud de la audacia?<sup>120</sup> ¿Y por qué razón Eliseo, reunidos para la guerra los ejércitos de los reinos de Israel y de Judá, decía a Joram: *Vive el Señor de los ejércitos, a quien hoy sirvo, que si no tuviera delante a Josafat, no te atendería ni te miraría*<sup>121</sup>. Luego no tenía miedo al ejército reclutado, ni temor a la ardiente cólera del rey, pues era fácil que éste, estando en situación de guerra, se dejase arrastrar por el impulso irracional de la ira, puesto que su razón se hallaba perturbada por causa de esa guerra.

Porque ¿qué reino terreno tiene tanto poder como la virtud?<sup>122</sup> ¿Qué púrpura logró dividir las aguas de un río como lo hizo la piel de oveja de Elías<sup>123</sup>? ¿Qué diadema pudo disipar enfermedades como los sudarios de los apóstoles<sup>124</sup>? Un solo profeta acusaba a un rey, con todo su ejército, de haber transgredido la Ley. La reprensión provocó la ira del rey, extendiendo éste la mano contra el profeta, pero no lo alcanzó; más aún, ni siquiera pudo retirar la mano, porque se le quedó paraliza-

da<sup>125</sup>. Era el combate entre la virtud y el poder real; la virtud repelió al enemigo y salió victoriosa, sin que el profeta tuviese otra arma que aquélla; actuaba la fe y el combatiente no se arriesgaba. Jueces de aquel combate fueron los auxiliares del rey, y para testimoniar la victoria de la virtud se le quedó paralizada la mano.

### 19. *Dios hace fecundo el trabajo del hombre*

Y obraron tales hazañas porque decidieron vivir cuidándose sólo del alma, rechazando el cuerpo con sus exigencias; y al no tener necesidad de nada, se ponían por encima de todos. Prefirieron abandonar el cuerpo y apartarse de la vida carnal<sup>126</sup> antes que faltar al decoro de la virtud adulando a cualquier rico para dar satisfacción a sus necesidades materiales.

Pero nosotros, cuando nos encontramos en situación de cierta necesidad, nos comportamos como perrillos que menean la cola para festejar a quienes les echan un hueso descarnado o unas migajas de pan. Así nos presentamos ante ellos, llamándoles benefactores y protectores de los cristianos y canonizándoles como si fueran ricos en toda virtud, aun cuando sean los mayores canallas, para obtener de ellos lo que nos interesa. De este modo, descuidamos cuanto es menester para conducirnos como los santos, cuya virtud nos propusimos emular.

En cierta ocasión, un prefecto del ejército de Siria, Naamán, fue a Eliseo, llevando consigo muchos dones y regalos<sup>127</sup>. Pero ¿qué hizo el profeta? ¿Se puso tal vez a su servicio o corrió a su encuentro? De ninguna manera. Le hizo saber por medio de su siervo lo que era necesario hacer para obtener el fin por el que se había puesto en camino, y no le admitió siquiera a su presencia para que no se pensase que le curaba a cambio de los dones recibidos.

Se dice esto no para que aprendamos a ser arrogantes, sino para que, estando materialmente necesitados, no adulemos a los que rodean de cuidados esas cosas que nosotros profesamos despreciar.

Luego ¿por qué perdemos de vista el objetivo de la filosofía para ocuparnos de la agricultura y del comercio?<sup>128</sup> Pues ¿qué otra cosa más importante que Dios

puede empeñar nuestra solicitud? Y para poner de manifiesto que el cuidado exigido por la agricultura es una tarea común, bastará señalar que el hombre, con su trabajo, rotura la tierra y arroja la semilla, pero es Dios quien con las lluvias sucesivas riega lo sembrado, disponiendo las raíces para que penetren y se extiendan por las blandas cavidades de la tierra, quien hace salir el sol que, calentando la tierra, atrae las plantas hacia lo alto, quien hace soplar las auras de los vientos en armonía con la edad de los frutos maduros, ventilando la planicie cubierta de hierba verde, al principio con vientos suaves para que la siembra no se queme al calor de los vientos cálidos, después, enviando aires más impetuosos para que penetren en las vainas del grano y hagan madurar la semilla todavía lechosa, y, al fin, proporcionando el calor adecuado para la trilla y los vientos propicios para la limpia<sup>129</sup>.

Si algo de esto fallase, el esfuerzo humano resultaría baldío. Si no lleva el sello de los dones de Dios, nuestra solicitud resulta inútil. Muchas veces no falta nada para que el fruto llegue a su término, pero sobreviene a

destiempo un violento y copioso aguacero que da al traste con la espiga todavía por trillar o el grano ya amontonado conforme a su tiempo. A veces sucede incluso que, en el mismo granero, un gusano o insecto corroe y saquea por su propia boca, por así decir, la mesa preparada.

## 20. *La ganancia de la vida monástica*

Por tanto, ¿en qué paran y a qué conducen nuestras solicitudes, si es Dios el que gobierna el timón de nuestros asuntos y lleva todas las cosas encauzándolas a donde él quiere? Podemos objetar, sin embargo, que el cuerpo necesita alivio en las enfermedades; pero cuánto mejor es morir que hacer algo inconveniente a la profesión. Y si Dios quiere realmente que sigamos viviendo, dará a ese cuerpo una fuerza muy superior a la enfermedad para que pueda soportar el malestar de la dolencia y recoger las coronas de su generosa constancia, o ideará el camino para consolar al abatido. El que es la fuente de la salvación y de la sabiduría no dejará de pensar en nuestra salvación<sup>130</sup>.

Es, pues, hermoso, queridos, muy hermoso, tornar de nuevo a la felicidad de los orígenes, volver a vivir al estilo de los tiempos antiguos<sup>131</sup>. Pienso, en efecto, que será fácil para los que lo deseen y, aunque resulte esforzado, no se verán privados de los frutos, ya que disponen del consuelo que corresponde a la gloria de cuantos nos precedieron y de la corrección de cuantos les siguieron.

No será pequeña ganancia la de los que emprendieron este género de vida o que, después de haberlo abandonado, tornaron de nuevo a vivir los santos ideales. Huyamos, pues, de la vida en las ciudades y aldeas, para que

los que habitan en ellas acudan a nosotros. Corramos al desierto para atraer a los que ahora nos huyen, si es que todavía hay quien ame la soledad<sup>132</sup>. De algunos, en

efecto, está escrito en tono laudatorio que, abandonando las ciudades y habitando en las rocas, llegaron a ser como palomas mediatundas<sup>133</sup>. De Juan Bautista se dice que vivía en el desierto y que a él acudían todas las ciudades con sus habitantes, apretándose en torno suyo para admirar su cinturón de piel<sup>134</sup>, ellos, que llevaban vestidos de seda y tenían casas cargadas de oro y lechos ataviados de piedras preciosas; pero prefirieron las molestias de la vida a la intemperie estimando de más valor dormir sobre la arena; todo les era soportable, pues el ansia de virtud que había en ellos eliminaba el vigor de las sensaciones dolorosas y el maravilloso don de la contemplación les sustraía de las molestias de tan duro modo de vivir.

## 21. *La difícil tarea de la dirección espiritual*

Mucho más estimada que las riquezas es la virtud y más preclara que la fastuosa vida de los ricos es la vida tranquila de los monjes. Muchos ricos hubo en aquel entonces, ricos y orgullosos de su gloria; sin embargo, ya

no se habla de ellos, han caído en el olvido; en cambio, las maravillas del eremita, entonces desconocido, se cantan todavía hoy y su memoria es celosamente celebrada por todos. Pues es propio de la virtud que se canten sus méritos y que la fama de estos se difunda por todas partes.

Renunciemos, por tanto, al alimento de los animales para revestirnos del hábito de los pastores<sup>135</sup>, abandonemos el vil comercio y adquiramos la perla preciosa<sup>136</sup>, dejemos el cultivo de la tierra que no da más que abrojos y espinas y hagámonos agricultores y guardas del paraíso<sup>137</sup>; abandonémoslo todo y abracemos la vida tranquila<sup>138</sup> para desmentir a cuantos nos echan en cara que andamos a la búsqueda de los bienes terrenos. En efecto, no hay nada que abochorne tanto a los que nos insultan como la benigna corrección en aquellas cosas que nos imputan, pues la conversión de los ultrajados provoca la confusión de los ultrajadores.

Pero también esto puede considerarse, en mi opinión, vergonzoso. Es realmente vergonzoso lo que hacemos dando a todos motivos para que se burlen de nosotros, como los dio no hace mucho aquel que, retirándose a la vida monástica y apenas aprendidas las reglas ascéticas de cómo y cuándo hay que orar<sup>139</sup> y de cómo hay que vivir, se hizo de inmediato maestro de lo que aún no había asimilado y se puso en camino arrastrando consigo a un grupo de discípulos, cuando él mismo estaba

necesitado de enseñanza, y más todavía por considerar que esta tarea era fácil. Ignoraba, sin embargo, que la dirección de las almas es la empresa más difícil<sup>140</sup>. Es preciso, en primer lugar, purificarse de las antiguas manchas para después aprender con mucha atención las distintas disciplinas que forman en la virtud. Pero ¿cómo podrá corregir las costumbres de sus súbditos el que no es capaz de pensar nada que vaya más allá del ejercicio corporal? ¿Cómo podrá cambiar el ritmo de vida de quienes están dominados por costumbres depravadas? ¿Y cómo podrá proporcionar ayuda a los que viven inmersos en la guerra de las pasiones si no sabe nada acerca del combate espiritual, o cómo logrará curar las heridas que se producen en la batalla si él mismo yace aún cubierto de heridas y necesitado de vendas?

## 22. *El arte de las artes*

Todas las artes requieren tiempo y mucho adiestramiento para su correcto ejercicio; sólo se menosprecia el aprendizaje del arte de las artes<sup>141</sup>. Porque nadie se atreve a ejercer la agricultura si es un inexperto en la materia y nadie se aplica al arte de la medicina sin antes haber sido iniciado. Este se ganaría el reproche de todos por no estar capacitado para prestar su asistencia a los enfermos e, incluso, por contribuir a provocar en ellos enfermedades más graves, y aquel por convertir una tierra de óptima calidad en suelo árido y estéril. Sólo cuando se trata del culto divino se tiene la osadía de inmiscuirse, sin experiencia y sin guía, en este asunto como si fuese la cosa más natural del mundo. Por eso la mayoría de la gente cree fácil lo que es más difícil de lograr porque exige ma-

yor esfuerzo, la perfección que Pablo dice no haber alcanzado aún<sup>142</sup>.

Muchos, ignorantes de su ignorancia, aseguran conocerla con exactitud. Pero no hacen otra cosa que desacreditar la vida monástica, pues quienes la abrazan se convierten en el hazmerreir de todos. En efecto ¿quién no se reirá de aquel que hasta ayer llevaba el agua a la posada y hoy es llevado en las palmas de las manos por sus discípulos como maestro de virtud, o de aquel que, después de haber dejado la ciudad con sus maldades por la mañana, regresa por la tarde a los lugares abandonados, marchando en medio de una multitud de discípulos con paso majestuoso por todo el foro? Si hubiesen llegado al convencimiento de que conducir a otros a la vida de piedad requiere un gran esfuerzo<sup>143</sup> y conociesen realmente el riesgo que implica esta labor, rehusarían por completo dedicarse a ella por considerar que es algo que les sobrepasa. Pero, puesto que ignoran esto y sólo piensan en la gloria que se desprende de presidir a otros, se precipitan con la mayor naturalidad en el abismo, considerando que ir a parar a este fuego ardiente es cosa leve. Provocan, de una parte, la risa de los que conocen lo que ha sido su vida hasta ayer y, de otra, la indignación de Dios ante tanta temeridad.

### 23. *Pedagogía farisaica*

Porque si Elí no pudo escapar de la ira de Dios, a pesar de su vejez venerable, de su antigua intimidad con Él y de su dignidad sacerdotal, por haber sido negligente en la corrección de sus hijos<sup>144</sup>, ¿cómo podrán escapar ahora de su indignación personas que, por sus obras pasadas, no merecen la confianza de Dios, y que desconocen tanto la experiencia del pecado como el método para corregirlo, y, no obstante carecer de práctica, ponen manos a la obra en esta difícil empresa impulsados por el deseo de gloria? Por eso, el Señor, viendo actuar a los fariseos, les acusaba con estas palabras: *Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que recorréis la tierra y el mar para conseguir un solo prosélito y, una vez que lo encontráis, lo hacéis hijo de la gehenna el doble que vosotros*<sup>145</sup>. Con este reproche amonestaba realmente a los que habrían de caer más tarde en los mismos pecados, para que, teniendo presente esta amenaza y juzgándola digna de ser temida en grado sumo, se guardasen del deseo<sup>146</sup> desordenado de gloria terrena<sup>147</sup>.

Luego que Job les confunda o que se ocupen, como él, de los que les están subordinados, y si no saben hacer lo que él hizo o no quieren cuidarse de lo que debe ser previsto, que renuncien a su dignidad de jefes. Pues ¿si aquel, por conservar a sus hijos limpios de pecado, incluso de pensamiento, ofrecía cada día sacrificios por ellos, preguntándose si tal vez no habrían *ofendido a Dios en su corazón*<sup>148</sup>, cómo es que estos no juzgan siquiera sus pecados manifiestos? Ello es debido a que ya no son capaces de ver con los ojos de la mente, que ha quedado entenebrecida por el polvo de la lucha contra las pasiones. Asumen la dirección y se adjudican el cuidado de otros sin haber curado aún sus propias pasiones ni estar capacitados para conducirles, por un camino semejante, a la victoria desde su propia victoria.

## 24. *Pedagogía de Josué*

En efecto, primero es necesario combatir las propias pasiones y, después, entregar con mucha prudencia a la memoria el fruto de esta personal experiencia de lucha, y así, a partir de la misma, poder proponer a otros una guía de combate para facilitarles la victoria anticipándoles los métodos empleados en semejante guerra<sup>149</sup>.

Es verdad que algunos, ignorando el camino que conduce al triunfo final, dominaron sus pasiones sólo tras un duro y prolongado régimen de vida por no seguir, como en una batalla nocturna, las contraseñas militares, ni proponerse puntual y metódicamente evitar la insidias del enemigo.

Esto fue lo que hizo, en figura, Josué de Navé, cuando mandó al ejército, que atravesaba de noche el Jordán, que sacasen algunas piedras del fondo del río y, después de haberlas sacado afuera, levantasen una columna inscribiendo en ella cómo habían pasado el Jordán<sup>150</sup>.

De este modo nos enseña que es preciso sacar a la luz los pensamientos sumergidos en las profundidades de la vida pasional, inscribirlos claramente como en una columna y no ocultar este conocimiento a los demás, para que no sólo el que pasa por casualidad sepa cómo atravesar el río, sino también todo el que se proponga llevar a cabo esta misma travesía, facilitada ahora por la experiencia ajena, de manera que la experiencia de unos sirva de enseñanza a otros.

Pero ellos, ni ven estas cosas ni prestan atención a los que se las hacen saber. Por el contrario, sólo toman en consideración sus propias convicciones, imponiendo a los hermanos un servicio servil como si fueran esclavos comprados con dinero. Ponen toda su gloria en ir a la cabeza de muchos, rivalizando no menos que otros en arrastrar por los caminos a quienes les siguen como cautivos, adoptando en esto un comportamiento más propio de traficantes que de maestros.

## 25. *Primero hacer, después enseñar*

Cuando piensan, en efecto, que imponerse con la palabra es fácil, a pesar de la gravedad de las cosas impuestas, y no se someten a enseñar con las obras, ponen en evidencia que su objetivo no es ser útiles a los que se les acercan, sino satisfacer su propia voluptuosidad, encaramándose en este puesto de dirección.

Aprendan, si quieren, de Abimelec y de Gedeón que lo que conduce a la imitación a los dirigidos no son las palabras, sino las obras<sup>151</sup>. Abimelec hizo una pila de

leña y, después de haberla transportado, dijo: *Haced también vosotros lo que me habéis visto hacer a mí*<sup>152</sup>. Y Gedeón emprendió su obra común poniéndose a sí mismo como ejemplo de lo que había que hacer; por eso, dice: *Miradme a mí y haced lo mismo que yo*. De igual manera obró el Apóstol, que pudo afirmar: *Estas manos mías proveyeron a mis necesidades y a las de cuantos estuvieron conmigo*<sup>153</sup>. El mismo Jesús quiso primero hacer y después enseñar<sup>154</sup>, para que nadie pudiera pensar que la enseñanza que se adquiere mediante palabras deba estimarse más digna de crédito que las obras. Pero ellos cierran sus ojos ante tales modelos y siguen imponiendo con arrogancia lo que debe hacerse. Y cuando parecen conocer algo de esto, por haberlo oído, se comportan como esos pastores faltos de experiencia, censurados por el profeta<sup>155</sup>, que llevaban la espada en el brazo y, por eso, cegaban su ojo derecho, impidiendo al mismo tiempo con la mano derecha, por insensata negligencia, el esplendor de la visión.

Ahora bien, el mismo daño causan esos maestros que, apenas tienen en sus manos el poder de castigar, en-

señan inhumana y cruelmente, extinguiendo al instante los pensamientos contemplativos que proceden de la derecha. Y las acciones, privadas de contemplación, se deterioran en cuanto que los que llevan la espada no en el muslo, sino en el brazo, no pueden obrar ni ver nada<sup>156</sup>.

Ciñen la espada al muslo los que combaten contra las propias pasiones usando como arma la palabra de Dios<sup>157</sup>,

y la llevan en el brazo los que están siempre prestos a castigar las faltas de los demás.

## 26. *La serpiente y la zarza*

También Najás, el Somanita, cuyo nombre significa «serpiente», amenazó con arrancar a Israel el ojo derecho de la contemplación<sup>158</sup>, para que ningún pensamiento de la derecha condujese a su propietario a la correspondiente acción de la derecha, pues sabía bien que esto era causa de gran progreso para los que pasaban de la contemplación a la acción. Porque el llevar a la práctica lo contemplado con los agudísimos ojos de la gnosis<sup>159</sup> no es perjudicial para ellos; pero resulta evidente y de experiencia que sí lo es para los hombres fatuos que, sin nin-

gún provecho interior, buscan ponerse a la cabeza de los demás. Nadie, en efecto, después de haber gustado la tranquilidad y de haber comenzado, en alguna medida al menos, a reposar en la contemplación, prefiere encadenar su mente con pensamientos de cosas terrenas que le distraigan de la gnosis<sup>160</sup> y le hagan bajar la mayoría de las veces de las altas cumbres a los asuntos de este mundo.

Ello se deduce con más claridad aún de la parábola que Jotán dirige a los siquemitas cuando dice: *Los árboles del bosque se pusieron en camino para buscarse a un rey a quien ungir. Y dijeron a la vid: «Ven tú a reinar sobre nosotros». Pero la vid respondió: «Voy a renunciar a mi buen fruto, glorificado por Dios y por los hombres, para ir a gobernar sobre los árboles»*<sup>161</sup>. De manera semejante renunciaron la higuera por su dulzura y el olivo por su aceite.

Finalmente la zarza, planta infructuosa y cargada de espinas, que no tenía aceite propio ni de los árboles que se le sometían, aceptó la regencia sobre ellos<sup>162</sup>.

La parábola no dice que tuvieran necesidad de jefe los árboles de un jardín, sino los de un bosque. Pues bien, del mismo modo que la vid, la higuera y el olivo se negaron a reinar sobre los árboles del bosque, porque preferían deleitarse con su fruto más que con la dignidad del mando, así también los hombres que contemplan en sí mismos algún fruto de virtud y se dan cuenta de su utilidad renuncian a este tipo de gobierno, aun cuando muchos les obliguen a asumirlo, porque prefieren su propia utilidad espiritual<sup>163</sup> a los intereses de la multitud.

## 27. *El éxito o el fracaso del consorcio «maestro-discípulos»*

Pero la maldición que, en la parábola, lanza la zarza contra los árboles recae también sobre aquellos hombres que viven inmersos en los negocios de este mundo. Está escrito, en efecto: *¡Si no, que salga fuego de la zarza y devore a los árboles del bosque, o salga de los árboles del bosque y devore a la zarza!*<sup>164</sup>. Pues, tanto los que se ponen bajo la autoridad de un maestro inexperto, como los que asumen la guía de discípulos indolentes, corren necesariamente el riesgo de haber firmado un convenio inútil, porque la inexperiencia del maestro acarrea la ruina de los discípulos y la negligencia de los discípulos hace peli-

grar al maestro, sobre todo cuando aquellos se vuelven perezosos por causa de la ignorancia de éste<sup>165</sup>. Efectivamente, ni el maestro debe desestimar ninguno de los medios que contribuyan a la corrección de los súbditos, ni los discípulos deben menospreciar ninguna de las directrices del maestro; pues tan grave y peligroso es, para aquellos, no obedecer, como para éste cerrar los ojos a las faltas de los culpables<sup>166</sup>. Y no piensen que esta tarea es

un pretexto para la relajación y la diversión, pues la dirección de almas es la obra más laboriosa que existe. Porque los que pastorean a animales y bestias de carga no encuentran en el rebaño ninguna resistencia; de ahí que su gobierno suela transcurrir felizmente. A los pastores de hombres, en cambio, les es mucho más difícil la tarea de gobierno por la diversidad de las costumbres y la astucia de los razonamientos humanos<sup>167</sup>. Los que se incorporan a esta empresa deben casi unirse como un luchador para un combate difícil, disponerse a soportar con enorme paciencia los defectos de cada uno y hacer un poco de luz entre las tinieblas de la ignorancia<sup>168</sup>.

## 28. *El maestro sobre el candelabro*

Por eso, la pila del templo es transportada por bueyes y el candelabro se levanta todo estable y bien torneado<sup>169</sup>. El candelabro indica que el que ha sido propuesto para iluminar a otros debe estar consolidado en todas y cada una de sus partes, no tener nada de ligero o vacío y haber eliminado como en un torno lo que es super-

fluo, es decir, lo que no sirve para un modelo de vida irreprochable a los ojos de todos. La pila, en cambio, sostenida por esos bueyes que no rechazan nada de cuanto sirva a la purificación y soportan hasta el límite de lo tolerable los peores pesos e inmundicias, que mientras lava y purifica las manos no puede no ensuciarse, aun siendo la pila de la purificación, es figura de aquel que, por tener que purificar las acciones de sus discípulos, no puede quedar incólume de toda mancha.

En efecto, el que habla de las pasiones, aunque sea con el fin de purificar a otros de tales impurezas, no está nunca exento del peligro de mancharse, puesto que el recuerdo mismo de esas torpezas mancha la mente del que se refiere a ellas, y aunque no grabe sus torpes imágenes con contornos y colores nítidos y precisos, contamina no obstante, con las descripciones del discurso, la superficie de la mente, ofuscándola con colores menos puros.

Conviene, además, que el guía espiritual sea lo suficientemente experto como para no ignorar ninguna de las estratagemas del enemigo, poniendo al descubierto sus ocultas argucias y desenmascarándolo ante quienes se le encomendaron<sup>170</sup>. Y así, al advertirles por anticipado de

las acechanzas del adversario, hará posible que logren sin esfuerzo el triunfo, permitiéndoles salir victoriosos del combate. Pero un hombre como éste es raro y difícil de encontrar.

## 29. *Los ardides de Leviatán*

Testimonio de esto mismo da también el gran Pablo cuando dice: *Pues no ignoramos sus maquinaciones*<sup>171</sup>. Pero ya el admirable Job, vacilante ante tales insidias, se pregunta: *¿Quién rasgará la delantera de su túnica? ¿Quién podrá penetrar en el pliegue de su coraza? ¿Y quién, en fin, abrirá las puertas de sus fauces?*<sup>172</sup>. Lo que quiere decir Job es que el rostro de Satanás no está al descubierto, puesto que oculta su maldad bajo numerosos mantos, seduciendo con su engañosa apariencia y provocando con sus tretas insidiosas la ruina de aquellos a quienes tiende sus redes. Y para no ser contado entre los que ignoran la naturaleza de aquel, Job describe los indicios de su presencia, porque conoce con claridad la monstruosidad que

le rodea<sup>173</sup>. Sus ojos —dice— son como los párpados de la aurora, sus vísceras como serpientes de bronce. Con estas palabras quiere desenmascarar su maldad, en cuanto que, al transformarse en ángel de luz<sup>174</sup>, atrae hacia sí a

los que le miran fascinados, pero mediante las serpientes interiores causa la muerte a los que se le aproximan.

Del peligro de este asunto habla en enigma el proverbio que dice: *El que corta leña se pondrá en peligro si se le escapa el hierro*<sup>175</sup>. Porque el que separa la acción de la contemplación<sup>176</sup> divide cosas que creemos están unidas por naturaleza y, al elegir una de ellas como realmente buena, da a entender que ambas son extrañas entre sí, corriendo el riesgo de convertirse en piedra de escándalo, sobre todo si pierde el control de su razón y los discípulos prestan atención a razonamientos renqueantes e inseguros.

### 30. *Palo y hierro, cruz y bautismo*

Asimismo, uno de los seguidores de Eliseo, que cortaba leña en el Jordán, viéndose en peligro porque se

le había caído al río el hierro del hacha, exclamaba volviéndose al maestro: *Ay, mi Señor, que era prestado*<sup>177</sup>. Se sienten así todos los que intentan enseñar doctrinas mal aprendidas y son incapaces de llegar al final porque no hablan desde la propia experiencia<sup>178</sup>, y, cuando en medio de su discurso se les sorprende en contradicción, se ven obligados a confesar su ignorancia, poniéndose en peligro por causa de una enseñanza prestada<sup>179</sup>.

Por eso, el gran Eliseo arrojó un palo al fondo y sacó a flote el hierro que había dejado caer su discípulo, indicando a los oyentes lo que significaba el hierro oculto en el fondo del río. He aquí que el Jordán designa la palabra de la conversión, pues allí mismo Juan administraba el bautismo de la conversión. Pero aquel<sup>180</sup> no habló explícitamente de conversión; sin embargo, al sacar a la luz la bondad (divina) oculta, haciendo emerger el hierro en el Jordán, preparaba a sus oyentes para llegar al menosprecio de las cosas. Es evidente que, al hacerse visible, el palo arrastró al hierro desde el fondo hacia arriba y lo hizo flotar. En efecto, antes de la cruz, el discurso referido a la conversión permanecía oculto<sup>181</sup>; por eso,

el que quería decir algo sobre ella se exponía fácilmente a ser acusado de temeridad. Pero después del suceso de la cruz, una vez que se cumplió el tiempo y gracias al palo representado<sup>182</sup>, este discurso se hizo manifiesto a todos.

### 31. *Espadas y lanzas, no azadones y podaderas*

He dicho estas cosas no con el propósito de que algunos se aparten de su función de gobierno, ni para impedirles que guíen a los jóvenes a la vida religiosa, sino reclamando de los formadores que se conformen primero a la grandeza de su tarea, revistiéndose del hábito de la virtud necesaria, de modo que no se apliquen al fin perseguido con ligereza, pensando sólo en el placer de ser venerados por los discípulos y aplaudidos por los profanos y sin tener suficientemente en cuenta el peligro que se sigue de transformar los instrumentos de guerra en utensilios agrícolas antes de que se haya establecido la paz<sup>183</sup>.

Porque formar a otros es una hermosa tarea, pero después de haber sometido todas las pasiones y de haber eliminado la necesidad de las armas de defensa contra los ataques bélicos. Sin embargo, mientras las pasiones ejerzan su dominio y subsista la lucha contra los pensamientos de la carne, las manos no deben dejar las armas, sino que han de mantenerse incesantemente sobre ellas, para que los que nos acechan, al advertir nuestra relajación en el momento del asalto, no nos sometan sin derramamiento de sangre siquiera<sup>184</sup>. En efecto, a los que combatieron de manera preclara en favor de la virtud, no obstante considerar, debido a su mucha humildad, que no habían vencido totalmente, la Escritura les dice en tono exhortativo: *Forjad de vuestras espadas azadones y de vues-*

*tras lanzas podaderas*<sup>185</sup>. Con estas palabras les invita a no perder más tiempo con los enemigos ya vencidos y a utilizar la fuerza del alma, empleada en el combate, para formar a cuantos todavía viven en la locura de las malas obras. Pero a los que, por inexperiencia o insensatez, no han alcanzado tal grado de estabilidad y, sin embargo, emprenden tareas muy superiores a sus fuerzas, la Escritura les aconseja lo contrario: *Forjad espadas de vuestros azadones y lanzas de vuestras podaderas*.

### 32. *Siete años para Raquel*

Pues ¿de qué nos servirá la agricultura si la guerra sojuzga la tierra y no nos permite disfrutar de lo que en ella se cultivó; más aún, si ofrece la abundancia de sus frutos a los enemigos más que a los que la trabajaron? Por eso, a los israelitas que todavía combatían en el desierto contra diversas poblaciones no se les permitió ocuparse del cultivo de la tierra, tal vez para que no les impidiese el ejercicio de la guerra; pero, una vez que los enemigos estuvieron en sus manos, se les aconseja dedicarse a esas cosas, según lo dicho: *Cuando hayáis entrado en la tierra de promisión, plantad en ella toda clase de árboles frutales*<sup>186</sup>, es decir, antes de entrar no plantaréis; esto, como es obvio, se sobreentiende en aquello. Porque, antes de su maduración, lo plantado no está firme,

sobre todo cuando los que quieren plantar se mueven aún entre costumbres poco constantes. Es preciso, en efecto, que el orden y la sucesión, que se encuentran en las obras que atañen a la religión o en cualquier otra cosa, se conserven partiendo de sus inicios también en la vida ascética; pues los que desprecian lo que mira a la introducción, dejándose arrastrar por cosas más atrayentes, tienen que convencerse de que es necesario proceder según el orden de la sucesión. Así obró Jacob que, subyugado por la belleza de Raquel, no concedió importancia al hecho de que Lía tuviera los ojos enfermos, ni se subtrajo al esfuerzo de conquistar aquella virtud<sup>187</sup>, pues cumplió también los siete años de Raquel<sup>188</sup>. En consecuencia, el que quiera proceder correctamente en este género de vida, no debe empezar por el final, sino ir progresando desde los comienzos<sup>189</sup> hasta la perfección<sup>190</sup>.

### 33. *Como aurigas que se han desentendido de las riendas*

Porque el que así obra, obtendrá lo que quiere, y podrá guiar irrepreensiblemente a los súbditos a la cima de la virtud. Pero la mayoría, poco dispuestos a asumir un esfuerzo continuado y sin preocuparse de llevar una vida de piedad más o menos ordenada, acceden casi por casualidad a este nombre, revelando así su grave locura, puesto que no advierten el peligro que conlleva. Y no sólo no rechazan a los que se dirigen a ellos para ser guiados, sino que andan dando vueltas por las calles e invitando a seguirles a los que encuentran en su camino y prometiéndoles todo tipo de recompensa, como si estuviesen contratando el alimento y el vestido con unos asalariados.

Pero los que así aman este negocio, queriendo ser vistos por los caminos acompañados de una muchedumbre de personas que hallan reposo en los que les llevan

de la mano y contemplan a sus preceptores recitando toda la escena del drama, para no ser abandonados por los que les proporcionan tal adulación, deben gratificarles, hasta el punto de tener que ceder con frecuencia a sus placeres y deseos, como esos aurigas de las carreras que a veces sueltan las riendas de los caballos dejándose arrastrar por desfiladeros y precipicios. Finalmente se ven obligados a arrojar a los pies de todo el que les sale al paso, para que no haya nadie que detenga o reprima los impulsos desordenados.

#### 34. *Cristo, el verdadero maestro*

Oigan estos al beato Ezequiel compadeciéndose de los que se hacen cómplices de los deseos de placer de otros y arrastran la voluntad de cada uno acumulando para sí mismos las maldiciones del profeta. Pues dice: *Ay de aquéllas que cosen bandas para toda clase de puños y hacen velos para cabezas de todas las tallas, con ánimo de atrapar a las almas por unos puñados de cebada y unos pedazos de pan*<sup>191</sup>. Así también se comportan ellos. Piden limosna para procurarse el necesario sustento corporal mientras duermen entre colchas urdidas con las telas más variadas. Su conducta resulta un agravio para cuantos deben orar o profetizar con la cabeza descubierta. Llevan indumentarias afeminadas, dando a su físico varonil un aspecto femenino, para arruinar a esas almas que no debían perderse. Sería preciso ante todo que los seguidores de Cristo, el verdadero Maestro, rechazasen con todas sus fuerzas la guía de otros; pues dice a sus discípulos:

*Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar maestros*<sup>192</sup>. Pero si a Pedro, a Juan y al entero coro de los apóstoles les exhortó a mantenerse lejos de este comportamiento y a creerse ineptos para tan alta dignidad, ¿quién podrá considerarse superior a ellos y atribuirse una dignidad que a ellos les fue prohibida? ¿O tal vez, al decir que no se dejasen llamar maestros, sólo quería prohibir el nombre y no la realidad significada en él?<sup>193</sup>.

### 35. *El magisterio de los santos*

Pero si alguien, espontáneamente, ha aceptado ya la dirección de una o dos personas o se ha visto obligado a hacer de moderador entre ellas, examínese escrupulosamente primero a sí mismo y vea si es capaz de enseñar lo que debe hacerse con las obras más que con las palabras, hasta el punto de poder proponer a sus discípulos la propia vida como modelo de virtud, para que, al conformarse a su conducta, no contaminen la belleza de la virtud con la deformidad de la propia culpa.

En segundo lugar, es preciso que sepa que debe combatir por aquellos a quienes dirige no menos que por sí mismo; porque, desde el momento que se ha tomado la responsabilidad de su salvación, debe dar cuenta de ellos tanto como de sí mismo<sup>194</sup>.

Empeño de los santos fue siempre conducir a sus discípulos a un nivel de virtud no inferior al propio y

mejorar el estado precedente. Así, el apóstol Pablo hizo del esclavo fugitivo Onésimo un mártir<sup>195</sup>; Elías transformó a Eliseo, de labrador que era, en profeta<sup>196</sup>; Moisés adornó de virtud a Jesús (de Navé) por encima de todos<sup>197</sup>. Porque si fue su propio empeño el que contribuyó a que consiguieran la virtud, la causa de su progreso hay que ponerla, sin embargo, en los buenos maestros que fueron capaces de reavivar, haciéndola resplandecer, la mecha humeante de su afán por lograr un mayor avance en este camino. Por eso, se convirtieron en boca de Dios, ministros de su voluntad para los hombres; pues habían prestado oído a estas palabras: *Si sacas de su indignidad al que debe ser justo, serás como mi boca*<sup>198</sup>.

### 36. *Las advertencias del centinela*

Dios indica a Ezequiel cuál ha de ser la conducta del maestro al enseñarle a quiénes elegir y cómo formar discípulos. Dice, pues: *Hijo de hombre, toma una tabla de arcilla y ponla delante de ti; en ella dibujarás una ciudad, Jerusalén*<sup>199</sup>. Con estas palabras da a entender que el maestro hace al discípulo santo como el que construye un templo a partir de la arcilla. La Escritura lo expresa con tino: *y ponla delante de ti*. Pues el discípulo podrá

progresar si se mantiene ininterrumpidamente a la vista del maestro, ya que el recuerdo continuo de los buenos ejemplos imprime en las almas que no son ásperas ni están totalmente endurecidas imágenes muy similares.

Por eso, al apartarse de los ojos del maestro, Giezi y Judas cayeron, uno en el hurto y el otro en la traición; porque si hubiesen permanecido junto a sus preceptores no habría delinquido ninguno de ellos. Y cuán grande sea el peligro que de la negligencia de los discípulos se sigue para el maestro se declara en lo que dice a continuación: *Y pondrás una sartén de hierro entre ti y la ciudad, y habrá un muro entre ti y ella*<sup>200</sup>. En efecto, el que, después de haber hecho a uno ciudad a partir del ladrillo, no quiera tener parte con el negligente en el castigo, debe denunciar los suplicios olvidados por aquellos que desandaron el camino recorrido, de modo que, cumplida esta tarea, el muro separe al inocente del culpable<sup>201</sup>. Esto es precisamente lo que Dios le manda a Ezequiel cuando dice: *Hijo de hombre, te he hecho centinela de la casa de Israel; si ves venir a la espada y no les avisas, y ésta mata a alguno de ellos, yo te pediré cuentas de su vida*<sup>202</sup>.

### 37. *La pelea contra las pasiones*

También Moisés se puso este muro a sí mismo al decir a los israelitas: *Repara en ti y no intentes seguirles después de haber sido extirpados de ti*. Esto es lo que les sucede a quienes, tras haber sido liberados de las pasiones, descuidan la vigilancia sobre sí mismos permitiendo que las imágenes de las antiguas fantasías comiencen de nuevo a deslizarse con la espontaneidad de ciertos brotes<sup>203</sup>. Si se les deja espacio y no se les impide el paso, acaban invadiendo progresivamente la inteligencia e introduciendo en nosotros mismos el combate contra las pasiones que, después de haber sido vencidas, renuevan una vez más esta forma de vida. Porque hay pasiones sojuzgadas que se parecen a esos bueyes a quienes se les enseñó a comer heno, pero que, arrastrados de nuevo por la negligencia del que les había domesticado, recobraron la crueldad de las bestias salvajes.

Así pues, para que no suceda eso, dice, no las sigas, a fin de que, después de haberlas extirpado de ti, el alma no incurra en la costumbre de deleitarse con tales fantasías<sup>204</sup>, tornando de nuevo a la antigua maldad.

Porque el gran Jacob conocía lo que sucedía, es decir, que estas cosas dañan más a la mente cuando son contempladas y meditadas con asiduidad, escondió en el territorio de Siquem las imágenes cinceladas con toda precisión y suma claridad de las torpes imaginaciones, esto es, los dioses extranjeros. Pues el esfuerzo que se aplica a las pasiones las oculta y las destruye, no por breve tiempo, sino hasta el día de hoy, esto es, durante todo el tiempo, ya que el *hoy*, al significar el tiempo presente en absoluto, abarca todo el siglo. Siquem significa que hay batalla; ello pone de manifiesto el esfuerzo que debe emplearse en la lucha contra las pasiones<sup>205</sup>. Por eso, Jacob le entrega a José como posesión más excelente el territorio de Siquem, es decir, la capacidad de trabajo para combatir contra las pasiones.

38. *Hay que enterrar y no simplemente esconder los ídolos*

Jacob, en efecto, al decirles que tomen Siquem con espada y arco<sup>206</sup>, da a entender que había dominado las

pasiones, luchando y esforzándose por esconderlas en el territorio de Siquem. Pero ambas afirmaciones —*esconder los dioses en Siquem y poner un ídolo en un lugar oculto*— parecen en cierto modo contradictorias; pues, por una parte, se alaba el hecho de esconderlos en Siquem y, por otra, se reprende el poner un ídolo en un lugar oculto. Más aún, esta acción se coloca entre las cosas más execrables, cuando se dice: *Maldito el hombre que pone un ídolo en un lugar oculto*<sup>207</sup>.

Pero no es lo mismo esconder algo totalmente bajo tierra que ponerlo en un lugar oculto, porque lo sepultado bajo tierra no se percibe ya con los sentidos y con el tiempo se borra también de la memoria; en cambio, lo puesto en un lugar oculto tal vez escape a los de fuera, pero no al que lo escondió y puso bajo custodia, ya que el aspecto de la figura que él mismo ocultó renueva su recuerdo.

Pues todo pensamiento torpe, configurado en la mente, es como una estatuilla oculta; por eso, nos resulta vergonzoso exponer abiertamente tales pensamientos. Y si es peligroso esconder un ídolo en un lugar oculto, más peligroso es todavía seguir y buscar las imágenes ya canceladas, pues fácilmente vuelven a insinuarse a la mente hasta el punto de hacer brotar de nuevo los estímulos suprimidos, rebajando hasta el suelo como sucede con un plato de la balanza al que esconde los ídolos. Así de propenso a ceder es el hábito de la virtud, demasiado pro-

penso incluso, si se olvida que por naturaleza tiende hacia su contrario<sup>208</sup>.

### 39. *Hay que aplastar la cabeza de la serpiente*

A esto alude, al parecer, la Escritura cuando dice: *La tierra en la que entréis es mutable, pues las gentes que la habitan están continuamente cambiando*<sup>209</sup>. En efecto, apenas adquirido el hábito de la virtud, nos damos cuenta de que tendemos a su contrario y de que ya no somos virtuosos como antes, pues la tierra —es decir, nosotros— es mutable. Por eso, la mente no debe dejar, desde el principio, el paso expedito a fantasías que son por naturaleza nocivas a la actividad racional. Tampoco debemos permitir que baje a Egipto para ser arrastrada después con violencia por los asirios<sup>210</sup>; porque si la mente se deja llevar hacia la oscuridad de los pensamientos impuros (esto es lo que significa simbólicamente Egipto), aun-

que no lo quiera, se verá arrastrada a obrar según los impulsos de las pasiones<sup>211</sup>. Por eso, el Legislador, sirviéndose de una imagen y con el propósito de cerrar la puerta al placer, mandó prestar atención a la cabeza de la serpiente; pues cuando ella mira nuestro calcañar, se atribuye a su mirada una eficacia operativa: la de poder inyectarnos el veneno de su boca, a no ser que nos hagamos con ella. A nosotros, por tanto, corresponde el empeño por aplastar el impulso mismo del placer, porque, triturado éste, su vigor se debilita<sup>212</sup>.

Tal vez tampoco Sansón habría logrado quemar las mieses de sus enemigos si no hubiese torcido las cabezas de las zorras uniéndolas por las colas<sup>213</sup>. Porque el que fue capaz de guardarse desde el primer instante de la insidia de los malos pensamientos, superando los comienzos, sabrá hacer frente a las absurdas maquinaciones de esos pensamientos, que para lograr su objetivo adoptan incluso apariencias inocuas, uniendo cola con cola, es decir, confrontando mutuamente los extremos, y poniendo en medio de ellas una tea como reprensión.

40. *Es preciso unir los extremos*

Y para clarificar lo dicho, voy a intentar hacerlo más accesible mediante dos consideraciones; de ellas podrá sacarse luz, facilitando la verdadera fe en las restantes cosas. Con frecuencia, el pensamiento de la fornicación<sup>214</sup> procede de la vanagloria que, bajo apariencia de honestidad, es como el vestíbulo de las sendas que llevan al infierno. Ella enmascara los caracteres deletéreos, mediante los cuales precipita en lo más recóndito del infierno a los que, impulsados por la sin razón, consienten con tal pensamiento. Porque la vanagloria, a veces propone el sacerdocio y a veces la vida perfecta del monje, y a muchos les induce a entrar en ella por razón de su propia utilidad o de la buena fama que ellos imaginan les procurará lo que de ella se dice o en ella se hace<sup>215</sup>.

Y una vez que lo ha nutrido suficientemente de estos pensamientos, apartándole de su natural sobriedad, comienza a describir de manera sumaria el feliz encuentro con una mujer honesta para luego instigar a la libertad de la conciencia a cometer una mala acción que la hace precipitarse en la vergüenza extrema. El que quiera, por tanto, unir las colas, tome los extremos de los dos pensamientos: el honor de la vanagloria y la vergüenza de la fornicación, y cuando vea con claridad que una se contrapone a la otra, piense entonces que ha hecho lo mismo que Sansón<sup>216</sup>.

Y para continuar el hilo del discurso, el pensamiento de gula tiene como término el de fornicación y el de la fornicación acaba en el tedio, y al tedio sigue inmediatamente la ansiedad en aquel que se dejó vencer por tales pensamientos después de haberse arrepentido. Luego el que lucha no debe pensar ni en las delicias de la comida, ni en la suavidad del placer, sino en el final de estas cosas, y cuando descubra el fastidio que se sigue de ellas sabrá unir cola con cola, arrasando con este método las mieses de los enemigos.

#### 41. *Como materia dúctil en manos del artista*

Por tanto, si el que hace la guerra a las pasiones necesita tanta ciencia y experiencia, consideren los que han asumido la tarea de guiar a otros cuánta ciencia se requiera para conducir sabiamente a los súbditos al premio de la vocación celeste<sup>217</sup> y para señalar con claridad las sendas que llevan al error, de modo que no se limiten a trazar orgullosamente con las manos en el aire el signo de la victoria, sino que, como en una batalla, asesten golpes letales al adversario. En el verdadero combate, en efecto, no se lanzan en vano las manos al aire, sino que

se golpea y aniquila al mismo adversario. Porque esta lucha es mucho más dura que la del combate atlético<sup>218</sup>. Aquí, se doblagan los cuerpos de los atletas, pero estos pueden fácilmente incorporarse de nuevo; allí, en cambio, se abaten las almas que, una vez postradas, difícilmente logran levantarse.

Y si uno, estando todavía en guerra contra las pasiones de la vida y envuelto en sangre, decidiera emprender la tarea de edificar con almas racionales un templo a Dios, oiría sin duda decir: *No me construirás un templo, pues eres un varón de sangre*<sup>219</sup>. Porque sólo al que está en paz<sup>220</sup> corresponde edificar un templo a Dios. Por eso Moisés tomó la tienda y la levantó fuera del campamento, indicando así que el maestro debe mantenerse lejos del tumulto de la guerra, apartar su vida de los conflictos bélicos y aplicarse enteramente a actividades pacíficas<sup>221</sup>.

Hallados tales maestros, necesitarán todavía de discípulos capaces de negarse a sí mismos y a sus propias voluntades, como si en nada se diferenciases del cuerpo inanimado o de la materia dúctil en las manos del artista, para que, como el alma con el cuerpo, puedan hacer de ellos lo que quieran, sin que el cuerpo haga nada contrario a lo que dicta el alma. Y como el artista expresa su propio arte en la materia sin que ésta sea obstáculo para que aquel realice su proyecto, así el maestro actuará la ciencia de la virtud en sus discípulos siempre que le sean obedientes y no le contradigan en nada<sup>222</sup>.

#### 42. *La obediencia del discípulo*

Someter a discusión los planes<sup>223</sup> del maestro y querer examinar sus mandatos no es otra cosa que impedir el propio progreso<sup>224</sup>. Pues lo que parece adecuado y convincente al inexperto no lo es del todo y sin ningún género de dudas; porque, en lo relativo al arte, el artista juzga de una manera lo que el inexperto juzga de otra: uno se sirve reglamentariamente de la ciencia que conoce; el otro, de lo que le parece más conveniente. Pero lo que parece conveniente pocas veces apunta a la verdad; más bien y con frecuencia se aparta de la rectitud, guardando cierta afinidad con el error<sup>225</sup>.

¿Hay algo a primera vista más absurdo que el timonel de una nave, que errabunda navega inclinada hacia

un lado, mande a los navegantes ocupar tranquilamente el flanco invadido por el agua y abandonar el que está más alto y que es azotado por el viento que destroza todo aquello por lo que se había ordenado esa carga? ¿No sería más conveniente cargar el peso sobre el flanco superior en vez de distribuir la tripulación por el lado inclinado? Aunque, por lo que ellos pueden ver, la manera de actuar del timonel no les merezca credibilidad, la necesidad de la técnica les obliga a pensar que han de obedecer al que tiene en sus manos la propia salvación. Porque ¿acaso los que no confiaron a otros su salvación, dejando a un lado lo que a ellos les parecía conveniente, estarán dispuestos a anteponer a los propios razonamientos la técnica del experto, juzgando más digna de fe la ciencia de éste? En primer lugar, y por lo que se refiere a su acto de renuncia, no deben pasar por alto cosa alguna de fuera, por pequeña que sea, ni apartar sus ojos temerosos del ejemplo de Ananías que, creyendo defraudar a los hombres, sufrió la condena de Dios por haber robado<sup>226</sup>.

#### 43. *La radicalidad de la respuesta*

Y del mismo modo que se entregan a sí mismos, deben entregar también todas sus posesiones, conscientes de que los bienes abandonados reclaman una y otra vez la mente del sujeto que les dejó hasta apartarla de los bienes superiores y provocar la ruptura de la perfecta fraternidad<sup>227</sup>.

Por eso, el Espíritu Santo inspiró a los escritores sagrados las vidas de los santos, para que cuantos tienen interés por vivir de cualquier modo su propia elección sean llevados a la verdad por tales ejemplos<sup>228</sup>. Así, Eliseo, siguiendo el ejemplo de su maestro, renunció al mundo. *Estaba arando —dice la Escritura— con bueyes; tenía ante sí doce yuntas de bueyes, mató las vacas y las asó con el yugo de los bueyes*<sup>229</sup>. Esto quiere significar en forma enigmática su ferviente prontitud de ánimo. No dijo, en efecto: *Venderé las yuntas de bueyes y administraré su importe según convenga*; tampoco pensó en obtener mayor provecho de lo vendido, sino que, totalmente encendido de celo por la presencia del maestro, despreció lo que tenía ante los ojos, poniendo todo su empeño en li-

berarse de ello como si fuese a apartarlo de su recto propósito. Sabía bien que la dilación es muchas veces causa de cambio de parecer<sup>230</sup>.

¿Y cómo se explica que el Señor, al proponer al rico la vida perfecta según Dios, le mandase vender todo lo que tenía y dárselo a los pobres sin reservarse nada para sí, si no hubiese sabido que la parte retenida es también causa de desviación de modo similar a como lo es la totalidad de las posesiones?<sup>231</sup>.

Por eso, pienso yo, que Moisés, a los que estaban dispuestos a purificarse a sí mismos en la gran oración, les mandó afeitarse todo el cuerpo<sup>232</sup> como señal de su entera renuncia a los bienes terrenos y a su parentela, en segundo lugar<sup>233</sup>. De este modo podrían olvidarse inclu-

so de la familia y no ser ya perturbados siquiera por el recuerdo de tales relaciones<sup>234</sup>.

#### 44. *El abandono suficiente*

Porque las vacas, uncidas al carro del arca se olvidaron de sus naturales inclinaciones, despreocupándose de sus terneros, que habían sido apartados de ellas y encerrados aparte, y prosiguieron su camino hasta el fin sin que nadie las forzara y sin desviarse a su derecha o a su izquierda, ni dar muestras con sus mugidos de su afecto por la prole o de su dolor por la separación de los hijos. Iban abatidas por el peso del arca y, por así decir, con el cuello doblado por el imperio de las exigencias naturales y, sin embargo, marchaban al ritmo del movimiento del arca como subyugadas por la veneración de lo que transportaban sin dejarse extraviar del camino recto por el afecto que inspira la naturaleza.

Pues bien, si ellas hicieron esto, ¿por qué no han de hacer lo mismo también los que tienen interés por llevar un arca espiritual? Ciertamente deben hacerlo, y con mayor motivo aún, para demostrar que la naturaleza racional, si se mantiene en sus justos límites, prevalece sobre la irracional, de modo que no pueda ser acusada de obrar bajo el dictamen de la razón lo que los irracionales hacen por necesidad.

Probablemente José anduvo errando por el desierto porque buscaba el confin de la perfección a partir de los nombres de sus hermanos<sup>235</sup>. Por eso, al que preguntaba por la verdadera causa de su andar errante, le hacía saber que le movía el afecto de sus parientes. Les decía, en efecto, que habían ido a guardar el rebaño. Si no hubiera errado en su juicio sobre el arte a emplear, habría dicho que habían ido a apacentar el rebaño a Dotán, no a guardarlo, porque Dotán significa *abandono suficiente*, no preocupación por las cosas terrenas. Pues el hombre le dijo: *Partieron de aquí; yo les oí decir: Vamos a Dotán*<sup>236</sup>. Ello significa que no se puede alcanzar la perfección de otra manera que abandonando suficientemente los lazos afectivos con los consanguíneos.

#### 45. *La renuncia a la misma familia*

Abandonar Harán significa abandonar los sentidos o, más exactamente, sus cavernas<sup>237</sup>; salir del valle de

Hebrón quiere decir dejar las obras mezquinas. El que abandona Harán y Hebrón, y anda errante por el desierto a la búsqueda de la perfección, si no es capaz de emigrar a la región del *abandono suficiente*, no sacará ningún provecho de su prolongado esfuerzo, pues el encanto de la familia le mantendrá alejado de la perfección.

El mismo Señor propuso el justo abandono de los vínculos familiares, corrigiendo incluso a María, la Madre de Dios, que lo buscaba entre los parientes<sup>238</sup>, pues juzgaba indigno de sí a todo aquel que amase al padre o a la madre más que a él<sup>239</sup>. Por eso, a cuantos determinaron seguir el camino recto es preciso aconsejarles que, estando aún reciente su liberación del tumulto, se mantengan en la quietud y en la paz y no reaviven las heridas

infligidas al alma por los sentidos con salidas continuas<sup>240</sup>, ni añadan a las antiguas imágenes pecaminosas nuevas imágenes, igualmente pecaminosas, sino que esquiven el contacto con las nuevas fantasías y pongan todo su empeño en abolir las antiguas.

Pues laboriosa es la paz para los que apenas renunciaron al mundo, porque la memoria siempre encuentra ocasión para solicitar de nuevo la impureza, que permanecía como adormecida a causa de los múltiples asuntos que impedían su ejercicio. Sólo podrán obtener el beneficio de la paz los que, a base de esfuerzo y con el transcu-

rrir del tiempo, logren que su mente se libere de la perturbación de los pensamientos impuros. Porque si realmente se han propuesto purificar el alma y desean liberarla de toda mancha, deben alejarse de los negocios mundanos que fomentan la impureza y procurar a su pensamiento mucha tranquilidad, manteniéndole lejos de los estímulos irracionales<sup>241</sup>; deben también huir del trato con los parientes más allegados y abrazar la soledad, que es la madre de la filosofía<sup>242</sup>.

#### 46. *La recaída de los convalecientes*

A estos les es fácil caer de nuevo en las redes de que se creían definitivamente liberados cuando, sin temor alguno, se empeñan en mezclarse con la multitud<sup>243</sup>. Pues al que pasó a la virtud le resulta ya inútil complacerse en aquellas cosas que había abandonado; porque la costumbre es un surco del que por desgracia hay que te-

mer que broten de nuevo torpes deseos y se activen los recuerdos de los males ya olvidados. En efecto, la mente de los que no hace mucho se apartaron del mal se parece a un cuerpo convaleciente que acaba de salir de una larga enfermedad; una ocasión cualquiera es suficiente para hacerle caer de nuevo en la enfermedad de la que no se había restablecido del todo, ya que aún no había recuperado el pleno vigor de sus fuerzas. La tensión mental de estos, que unas veces crece y otras disminuye, hace temer justamente que se encienda de nuevo la pasión; pues a las perturbaciones les es innato excitarse en medio de las multitudes.

Por eso Moisés, a los que no querían sufrir la ruina del exterminador, les manda permanecer en casa con las puertas cerradas: *Que ninguno de vosotros salga por la puerta de su casa, para no ser apresado por el exterminador*<sup>244</sup>. También Jeremías parece mandar lo mismo cuando dice: *No salgáis al campo y no andéis por los caminos, porque las espadas de los enemigos merodean por los contornos*<sup>245</sup>. En efecto, es propio de los generosos combatientes ir al encuentro del enemigo y salir ilesos de sus ataques; pero si uno no estuviese aún preparado para la lucha, más vale que permanezca sin ser ultrajado en su casa, procurándose una seguridad sin riesgo en la quietud de la vida pacífica<sup>246</sup>.

Así era Jesús de Navé, del que se dice: *Pero su ayudante, el joven Jesús, no se apartaba del interior de la tienda*<sup>247</sup>, pues sabía, adoctrinado por la historia de Abel<sup>248</sup>, que los que salen a luchar al campo de batalla antes de tiempo acaban siendo víctimas de sus hermanos de sangre y de sus amigos de carne.

#### 47. *La temeridad es mala consejera*

Enseñanzas no menos precisas nos ofrece la historia de Dina<sup>249</sup>. Ella nos enseña que creerse capaz de una empresa superior a las propias fuerzas, engañándose con la conquista de la misma como si fuera conveniente, es propio de una mente adolescente y femenina<sup>250</sup>. Porque si aquella no se hubiese lanzado tan pronto a inspeccionar las cosas de la región como si estuviese realmente capacitada para ello, y no por el simple placer de acariciarlas, no se hubiera corrompido nunca en edad tan tierna la facultad de juicio implantada en su alma, seducida por la fantasía de los bienes sensibles y sin tener todavía relaciones legítimas con un pensamiento viril. Dios, cono-

ciendo bien que esta pasión a la que me refiero, esto es, la presunción, tiene derecho de ciudadanía entre los hombres, y queriendo arrancarla de raíz de nuestros hábitos, dice al legislador Moisés: *Haced que los hijos de Israel sean piadosos*<sup>251</sup>, pues sabía que empeñarse temerariamente en luchas superiores a las propias fuerzas es ajeno a la piedad<sup>252</sup>.

Luego no debemos mezclarnos con los asuntos tumultuosos de la ciudad antes de haber adquirido el perfecto hábito de la virtud<sup>253</sup>; más bien, hemos de huir de ella lo más lejos posible para que ni siquiera sus rumores perturben nuestra mente. Porque no es en absoluto provechoso que los que han dejado los negocios del mundo para retirarse a la soledad estén pendientes de lo que se dice o se grita de ellos o se detengan a las puertas de la ciudad tornando a actividades ya abandonadas, más aún, sumergiéndose como Lot en aquella turbulencia<sup>254</sup>.

Muy al contrario, es preciso que, como el gran Moisés, salgamos fuera de la ciudad, para que cesen no sólo nuestras actividades (mundanas), sino también sus voces, según lo escrito: *Cuando salga de la ciudad y extienda mis manos (a Yahvé), cesarán las voces*<sup>255</sup>.

#### 48. *Como ríos en crecida*

Entonces, cuando cesen no sólo las actividades, sino también el recuerdo de las mismas, brotará la verdadera serenidad<sup>256</sup>. Ella permitirá que el alma pueda ver las imágenes impresas, luche contra cada una de ellas y las tale del pensamiento. Puede suceder, sin embargo, que a aquellas sobrevengan otras imágenes y que el alma no sea capaz de borrar las formas previamente engendradas. Porque cuando la mente se puebla de pensamientos insistentes, se precisa un esfuerzo mayor para truncar las pasiones, pues con su crecimiento progresivo van adquiriendo más fuerza y, como ríos en crecida, acaban inundando la facultad intuitiva del alma en fantasías desbordantes.

Así, los que quieran ver seco el cauce de un río en el que se oculta la memoria de algunas cosas, no deben hacer nada por sacar el agua del sitio donde creen que está sumergido lo que buscan, porque el agua sigue corriendo y viene a llenar de inmediato el vacío dejado en su lecho. Pero si detienen el curso del agua más arriba, podrán ver sin dificultad el fondo del río, y éste, una vez que el agua se haya retirado por su propia inercia, les concederá la tierra seca para que puedan reconocer los objetos deseados. Del mismo modo, resulta fácil evacuar

las formas productoras de las pasiones, siempre que los sentidos no continúen suministrándoles material del exterior<sup>257</sup>. Pero si no dejan de infiltrarles como corrientes de agua cosas sensibles, será no sólo difícil, sino incluso imposible, purificar por completo la mente de semejante inundación.

Y aunque las pasiones no nos perburben de momento por no encontrar ocasión propicia para el asalto debido a nuestras continuas ocupaciones, con todo, no dejan de acudir a hurtadillas y como de incógnito y se van desarrollando cada día más, puesto que el tiempo las robustece.

#### 49. *El exterminio de las pasiones desde su lactancia*

La tierra que es continuamente pisoteada, aun teniendo espinas, no les permite brotar, porque los pies que la pisotean las impiden salir al exterior. A pesar de ello alarga las raíces en la profundidad de su seno haciéndolas vigorosas y muy pingues<sup>258</sup>, y las espinas, nada más nacer, crecen en seguida si el tiempo lo permite. Lo mismo sucede con las pasiones, que, impedidas por las preocupaciones diarias, no salen a luz, pero, favorecidas por la quietud, se robustecen cada vez más, y si olvidamos combatir las desde el principio irrumpen con gran

fuerza en nuestras vidas provocando una guerra despiadada y peligrosa<sup>259</sup>.

Por eso el profeta manda exterminar la descendencia de Babilonia<sup>260</sup>, exhortando a eliminar las imágenes que todavía se hallan en las despensas de los sentidos<sup>261</sup>. Y aconsejaba el exterminio para que no cayesen como semillas en el humus de la mente y germinasen, y para que no fuesen regadas por las copiosas y nocivas lluvias de las continuas solicitudes produciendo el variado fruto de la maldad.

Otro profeta llama dichosos a los que no esperan a que las pasiones lleguen a su punto culminante, sino que las suprimen cuanto están todavía pegadas a los pechos:

*Dichoso —dice— el que agarre a sus pequeños y los estrelle contra la roca*<sup>262</sup>.

Tal vez el gran Job aluda también a un hombre como éste razonando así en su corazón: en verdad que el papiro —se refiere al junco palustre— florece en el agua, y toda hierba de río, privada del mismo, se seca<sup>263</sup>; también el león hormiguero, si carece de alimento, perece. Algo así parece indicar el gran Job; pues, queriendo mostrar la fuerza insidiosa de la pasión, inventa un término compuesto para significar la gran audacia del león y la sencillez y economía de la hormiga. Porque los inicios de las pasiones son muy modestos; parten de simples fantasías que se insinúan a hurtadillas como las hormigas, pero al final alcanzan tan grandes dimensiones que, para el que se encuentra a su alcance, no son menos peligrosas que el león. Por eso, el luchador debe combatir contra ellas cuando se presentan ya como hormigas, ofreciendo su insignificancia como cebo; porque, si las dejan alcanzar la fuerza del león, llegan a ser inexpugnables como una fortaleza. Es preciso no suministrarles alimento. Y su alimento, como se ha dicho muchas veces, son las imágenes que llegan a través de los sentidos, pues tales imágenes nutren las pasiones proporcionándoles a modo de secuencia cada una de estas formas como armas contra el alma.

#### 50. *Las celosías del alma*

Por eso el legislador preparó puertas enrejadas para el templo<sup>264</sup>, designando así a los que quieren guardar su

mente pura como un templo con las puertas enrejadas para cuidar de que nada impuro se introduzca furtivamente en ella. Luego para impedir el ingreso a las sensaciones de los pensamientos impuros, que se agolpan insinuándose uno tras otro<sup>265</sup>, es necesario entretejer como en un enrejado los tormentos del juicio futuro<sup>266</sup>.

Tal vez Ocozías enfermó también por haber caído por una celosía<sup>267</sup>; porque desaprovechar en tiempo de tentaciones la doctrina de la retribución, cayendo en los placeres, es caer por una celosía. ¿Y qué hay más grave que esta enfermedad? La enfermedad del cuerpo es una anomalía en el orden de los elementos que, al intentar prevalecer sobre los otros, trastornan el ritmo de la naturaleza; la del alma, en cambio, es un desorden que se

produce cuando la recta razón se deja vencer y doblegar por las pestíferas pasiones<sup>268</sup>.

Un enrejado semejante trenzó Salomón para la vista del que podía oirlo: *Cuando tus ojos —dice— vean cosas extrañas, tu boca hablará palabras confusas*<sup>269</sup>. Llama *confusas* a las palabras que, después del pecado, tendrán que comparecer en el tiempo de la retribución; pues el que piensa en ella con la debida disposición aparta sus ojos de toda mirada peligrosa.

El mismo Salomón explicó cómo debía entenderse este razonamiento en aquel tiempo. Dice, pues: *Te parecerá estar acostado en el corazón del mar, como un timonel en medio de una gran turbulencia de olas*<sup>270</sup>.

#### 51. *El tributo de lo sensible*

Porque uno, en tiempo de guerra contra la mirada solicitadora, podría combatir con el arma de las amenazas de los tormentos divinos como aquel que, azotado por las olas del mar, vence fácilmente a los que luchan contra él sin ni siquiera sentir los golpes que le infligen, hasta el punto de poder decir: *Me han golpeado, pero no he caído enfermo; me han molido a palos, pero no lo he*

*sentido*<sup>271</sup>. En efecto, *me golpearon*, dice la Escritura, pero yo pensaba burlarme de ellos. *No sentía los golpes*, pues eran como intrigas de niños; tampoco me volví hacia sus crímenes, sino que fingí ignorar su presencia. Así lo hizo también David cuando, despreciando a tales adversarios, decía: *No conocía al malvado que se apartaba de mí, ni advertía cuándo venía o cuándo se marchaba*<sup>272</sup>. Pero David no sabía que entre las sensaciones y las cosas sensibles hay una comunión y que de esta comunión nace fácilmente el engaño. No teniendo ninguna sospecha del daño que se origina de esto y dejándose llevar inadvertidamente por los sentidos, ¿cómo iba a poder reconocer, en el tiempo de la falacia, las insidias de tales adversarios, si antes no había sido formado para el discernimiento de las mismas?<sup>273</sup>.

Pues, que hay una lucha entre los sentidos y las cosas sensibles y que éstas imponen tributo a aquellos, una vez sometidos, resulta evidente de la guerra entre asirios y sodomitas. En efecto, la Escritura propone la historia

de los cuatro reyes de Asiria contra los cinco de Sodomá<sup>274</sup>; primero habla de su armonía, pactos y sacrificios de paz junto al mar salado; después, de la esclavitud de los cinco, una esclavitud de doce años; más adelante, de una rebelión en el año decimotercero; y, por último, en el año decimocuarto, de una guerra de los cuatro reyes rebeldes contra los cinco, haciéndoles esclavos.

## 52. *La rebelión de la razón*

Hasta aquí la historia. Pero de esta historia podemos aprender cosas provechosas para nosotros mismos, cosas como la guerra de los sentidos contra las realidades sensibles. Pues a cada uno de nosotros, desde su nacimiento hasta los doce años, se le supone todavía privado de juicio racional y, por tanto, carente de culpa en materia de servidumbre, y ello a pesar de haber sometido, en contra de lo mandado, como a señores los sentidos a las cosas sensibles: la vista a los objetos visibles, el oído a las voces, el gusto a los sabores, el olfato a los olores y, en fin, el tacto a esas cosas sensibles que, percibidas, suelen provocar esta sensación, sin que el niño, debido a su edad, pueda distinguir o separar las percepciones en su singularidad.

Pero cuando la facultad racional alcanza su plena madurez y empieza a sentir los efectos del daño causado por los sentidos, concibe la idea de rebelarse y de huir de semejante esclavitud. Luego si la naturaleza racional logra robustecerse y consolida su juicio en el raciocinio, podrá mantenerse en todo libre; pero si su capacidad de discer-

nimiento sigue siendo más débil de lo que se había propuesto, pondrá una vez más sus sentidos en poder de las cosas sensibles, sometidos a su imperio y sojuzgados sin ninguna buena esperanza a su tiránica servidumbre<sup>275</sup>.

Por eso, los cinco reyes que, según la historia sagrada, habían sido esclavizados por los otros cuatro, fueron arrojados a los pozos de alquitrán, para que aprendamos que los prisioneros de las cosas sensibles, como precipitados con cada uno de sus sentidos en pozos o fosas profundas, se vuelven hacia esas cosas que les rodean sin entender nada más que lo que ven, pues tienen el corazón<sup>276</sup> atado a lo terreno y desean gozar de las realidades de este mundo más que de las inteligibles.

### 53. *La mujer de Lot, paradigma de desobedientes*

Así, el siervo que ha amado a su señor, a su mujer y a sus hijos, renunciando a la verdadera libertad por causa de su parentesco corporal, permanece siervo para siempre<sup>277</sup>. Perforado su oído con una lezna, no puede captar la palabra de la libertad por no oír por su orificio natural; de ahí que permanezca siempre siervo por amor de las cosas presentes.

Por eso la Ley manda cortar la mano de la mujer que se aferra a las partes pudendas de dos hombres que luchan entre sí<sup>278</sup>; porque en el combate del pensamiento que se ve en la alternativa de tener que elegir entre los bienes mundanos y los celestes, ella no hizo ninguna elección, sino que se agarró impulsivamente a los órganos de la generación y de la corrupción; pues la Escritura se refiere a las cosas de la generación aludiendo a las partes generativas.

Luego a los que no perseveran en el juicio de la razón, sino que vuelven de nuevo sobre sus pasos y se sus traen a la reflexión, de nada les sirve haber renunciado a los asuntos mundanos. No es extraño, por tanto, que retornen una vez más a las cosas abandonadas, dando así muestras de su afecto por las mismas, como la mujer de Lot<sup>279</sup>, que, vuelta hacia atrás, se mantuvo en esta posición hasta ahora, transformada en estatua de sal, como ejemplo para los desobedientes. Así es, en efecto, la costumbre, simbolizada en aquella mujer, que hace retornar hacia sí a los que quieren vivir permanentemente en soledad.

Pero ¿qué manda la Ley al que entra en el templo para cumplir lo preceptuado acerca de la oración? No le manda regresar por la misma puerta por la que había entrado, sino salir por la puerta de enfrente sin volverse ni desviarse mínimamente de la senda recta y sin aflojar con titubeos o vacilaciones el tono de tensión rectilínea hacia la virtud. Porque el continuo replegarnos sobre el lugar

del que habíamos salido nos aparta de la virtud adquirida para arrastrarnos hacia las cosas que quedaron atrás, alienta más y más este impulso y provoca una involución sobre nosotros mismos que nos hace tornar a los antiguos vicios.

#### 54. *La fuerza de la costumbre, segunda naturaleza*

Es extremadamente grave que el hábito, una vez que nos ha sojuzgado, no nos permita volver a la anterior condición virtuosa. La costumbre, en efecto, nace del uso, y la naturaleza de la costumbre<sup>280</sup>. Mas transformar o alterar la naturaleza es empresa difícil<sup>281</sup>; pues, aunque se la doblegue un poco por la fuerza, pronto vuelve a su curso empujada por los propios límites; sin embargo, no les sobrepasa del todo, a no ser que un gran infortunio le haga retroceder una vez más desde el hábito adquirido a la costumbre abandonada.

Observa, pues, al alma que ha seguido sus costumbres: cómo está sentada sobre los ídolos después de haberse clavado a sí misma a esas materias informes y a pesar del empeño de la razón por llevarla de la mano hacia las realidades superiores. Pero, no pudiendo ascender con

ella, dice: *No puedo levantarme en tu presencia, pues estoy con la regla de las mujeres*<sup>282</sup>. El alma, en efecto, que desde hace tiempo ha dejado de ocuparse de los asuntos mundanos, está sentada sobre los ídolos que, siendo informes de por sí, reciben la forma de la técnica humana. Pues ¿acáso no son informes la riqueza, la fama y las demás cosas de esta vida? Carecen de forma precisa y distinta, pero por medio del arte de la imitación y de la seducción simulan la forma de la verdad, acogiendo cada una de ellas las demás mutaciones de las otras. Y les revestimos de una forma cuando, mediante el raciocinio humano, recubrimos con apariencia de utilidad cosas que no conducen a nada útil<sup>283</sup>.

#### 55. *Los asientos del alma*

Porque nosotros, a veces, rebasamos los límites de lo exigido por la necesidad de dar cumplida respuesta a la indigencia corporal, hasta el punto de alcanzar los confines de un lujo absurdo, preparando comidas con infinidad de condimentos y confeccionando vestidos con tejidos de múltiples colores. No aspiramos más que a

satisfacer nuestras frivolidades y sensualidades y, si nos censuran por ello, damos como por casualidad y en vano a esta vanidad nuestra el nombre de necesidad, apelando a ella para hacer tan espléndidos gastos y fabricando excusas, por así decir, en lugar de calmar nuestra indigencia con pocas cosas.

¿Qué otra cosa hacemos entonces sino revestir de formas materias informes? El alma —como se dijo— tiene su asiento en ellas, porque el juicio que da de sí misma está sólidamente clavado a las cosas de aquí abajo como a ídolos. Así, por no servir a la verdad, no logra elevarse sobre sus alas, sino que, con sus costumbres, contagia la naturaleza de las cosas como con la impureza del flujo menstrual.

La Escritura llama aquí *estar sentada* a la pereza para el bien y al deseo de placer. Habla de la pereza cuando dice que *están sentados en las tinieblas y en las sombras de la muerte, prisioneros de la miseria y de los cepos de hierro*<sup>284</sup>; pues las tinieblas y los cepos son el impedimento de las obras. Y alude al deseo de placer cuando habla de aquellos que, con el corazón vuelto a Egipto, se decían unos a otros: *Nos acordamos de cuando nos sentábamos junto a las ollas de carne y comíamos carne hasta saciarnos*<sup>285</sup>. Realmente están sentados junto a las ollas de carne los enardecidos por el calor incesante y húmedo de los deseos; pues la madre de la voluptuosidad es la gula, que engendra no sólo el amor a los placeres, sino también otras muchas pasiones. En efecto, de la gula, como si de una raíz se tratase, germinan como plantas

las demás pasiones, y en poco tiempo sus brotes de maldad crecen hasta hacerse árboles gigantescos que llegan al cielo<sup>286</sup>. Porque avaricia, ira y aflicción son linaje y renuevos de la gula. El glotón, en primer lugar, carece del dinero necesario para colmar su apetito, un deseo que siempre le enardece y nunca se realiza. Es lógico que contra los que impiden esta adquisición se remueva la fuerza de la ira; y a la ira que, por causa de la debilidad, no se lleva a efecto, se sigue necesariamente la aflicción. El que camina sobre el pecho y sobre el vientre<sup>287</sup>, cuando dispone de las materias capaces de engendrar placer, camina sobre el vientre, pero cuando se ve privado de ellas, serpea sobre el pecho, lugar en el que se encuen-

tra la ira. Porque los amantes del placer, cuando se ven privados del mismo, se encolerizan y caen en la amargura<sup>288</sup>.

#### 56. *La supresión de la ira y el dominio sobre la pasión*

Por eso, el gran Moisés colocó el pectoral en el pecho del sacerdote<sup>289</sup>, significando así, por medio del símbolo, que es preciso tomar conciencia de la necesidad de frenar con la razón los impulsos de la pasión irascible. Porque racional es el oráculo del juicio<sup>290</sup>. No obstante, el que domina la pasión con la razón es todavía imperfecto; Moisés, que era perfecto, logró suprimir todo lo irascible, pues no se limitó a llevar el pectoral, sino que

eliminó incluso la misma ira del pecho<sup>291</sup>, pues dice: *Tomando el pecho, lo sacó fuera y lo puso en presencia del Señor*<sup>292</sup>. Hay, sin embargo, otros que ni suprimen totalmente la ira, ni dominan la pasión con la razón, sino que sólo a base de esfuerzo logran la victoria. Tales son los que apartan el pecho con el brazo. El brazo, en efecto, es símbolo del esfuerzo y la laboriosidad. Del mismo modo, caminar sobre el vientre es sin duda alguna tender a los placeres, tal vez porque el vientre es causa de los placeres; pues, cuando el vientre está lleno, los estímulos de los demás placeres se vuelven también vehementes; pero, cuando está vacío, aquellos permanecen en reposo y más tranquilos.

Aquí precisamente está la diferencia entre el proficiente y el perfecto<sup>293</sup>. Moisés, en efecto, renunciando totalmente al placer de la comida, lavó con agua las tripas y los pies de la víctima; con las tripas designaba en enigma el placer de los sentidos, y con los pies el ingreso y el progreso en la virtud<sup>294</sup>. El proficiente lava lo que está en el vientre, pero no todo el vientre. Además, entre

*lavó* y *lavarán* hay también una gran diferencia, porque la primera forma indica una acción que ya no está sujeta a la voluntad y la segunda un mandato a ejecutar en el futuro<sup>295</sup>.

57. *La grasa del vientre y la tensión del espíritu*

Mientras que el perfecto se mueve con voluntad espontánea a la práctica de las virtudes, el proficiente tiene que obedecer las exhortaciones de su guía y maestro. Es muy necesario, sin embargo, tanto despojar enteramente el pecho, como lavar el vientre, pero sin eliminarlo. Porque el sabio está capacitado para repudiar y suprimir todo rastro de ira, pero no puede amputar el vientre<sup>296</sup>.

La naturaleza le obliga a tomar el alimento necesario, aunque sea el hombre más sobrio. Pero cuando el alma no procede iluminada por un propósito recto y firme, sino que se deja corromper por placeres animales, entonces el vientre se enardece, porque, aunque se hayan saciado los receptáculos del cuerpo, el apetito no se apaga nunca.

Y cuando el vientre arde en deseos, el muslo sucumbe, pues la mente queda como enervada y sin vigor para la generación de las buenas obras. En efecto, cuando el vientre se infla por ingestión de espléndidos alimentos, la tensión espiritual decrece. A ella precisamente se refiere la Ley cuando, con lenguaje figurado, habla de *muslo*<sup>297</sup>. En consecuencia, el voluptuoso camina todo sobre el vientre y se desliza hacia los placeres lujuriosos, pero el que emprende el camino de la vida virtuosa ha de empezar por eliminar la grasa del vientre, renunciando a los alimentos que engordan el cuerpo<sup>298</sup>. Así, mientras el

proficiente lava lo que está en el vientre, el perfecto lava el vientre en su totalidad, desechando todo lo que sobra como innecesario para vivir.

#### 58. *Los efectos destructores de la gula*

A la expresión *sobre el pecho y el vientre* se añade con buen tino *caminarás*<sup>299</sup>, porque el placer no es propio de los que están firmes y en paz, sino de los que están en continua agitación y llenos de turbulencia. Mas la gula precede a tales movimientos y tiene una afinidad muy particular con los placeres venéreos. Por eso, la naturaleza, queriendo mostrar el parentesco existente entre estas pasiones, llamó a las partes que están debajo del vientre instrumentos del acoplamiento para significar así, en razón de la cercanía, tal parentesco<sup>300</sup>. Porque, si esta

pasión se halla debilitada y sin fuerzas, ello se debe a la carencia de lo que está por encima; pero, si se encuentra exuberante y excitada, es porque el vientre le suministra la fuerza necesaria.

Mas la gula no es únicamente la que alimenta y estimula tales pasiones, sino también la que destruye todos los bienes que hay en el hombre; porque cuando ella domina y logra la hegemonía, lo normal es que se derrumben y destruyan todas las virtudes: templanza, continencia, fortaleza, paciencia y el resto de las virtudes<sup>301</sup>. Esto es lo que en forma enigmática declaró Jeremías cuando dijo que *el cocinero jefe de los babilonios destruyó las murallas de Jerusalén*<sup>302</sup>. Llamaba *cocinero jefe* a la pasión de la gula. En efecto, como el jefe de cocina pone todo su empeño por servir al vientre e inventa infinidad de procedimientos para darle gusto, así la gula mueve todos los hilos para servir al placer contra el hambre. Pero la variedad de los alimentos no hace más que abatir y destruir la ciudadela de las virtudes.

### 59. *Las tiendas de Madián y las murallas de Jerusalén*

Los condimentos de la comida son, en efecto, instrumentos de guerra que exterminan la virtud más consolidada, máquinas que remueven los fundamentos más estables y terminan por arruinar el edificio. Y como la sobreabundancia es causa exterminadora de las virtudes, así la parquedad está capacitada para destruir las fortalezas del mal. Pues del mismo modo que el cocinero jefe de los babilonios destruyó las murallas de Jerusalén, es decir, del alma en paz<sup>303</sup>, abriendo mediante la técnica de los condimentos una brecha en dirección a los placeres de la carne, así también los israelitas lograron abatir las tiendas de los madianitas llevando encima únicamente un plato de pan de cebada<sup>304</sup>.

Porque una mesa suntuosamente preparada y cada día más abundante desencadena los estímulos de la fornicación, simbolizados en los madianitas. Estos, en efecto, son los que introdujeron la fornicación en Israel, engañando a gran multitud de jóvenes. Por eso, la Escritura habla muy juiciosamente de las tiendas de los madianitas y de las murallas de Jerusalén; porque todo lo que rodea a la virtud es firme y estable, pero lo que contiene el vicio es, a la manera de una tienda, pura apariencia, que en nada difiere de la fantasía.

### 60. *La huida de los santos al desierto*

Por eso los santos huyeron de las ciudades y se apartaron del trato con la gente, sabiendo que la convi-

vencia de los hombres corruptos es mucho más dañina que la enfermedad de la peste. De ahí que, sin tomar nada, dejaran sus campos de barbecho, renunciando a la distracción que de su cultivo se seguiría.

Por este motivo abandonó Elías Judea y se fue a vivir al Carmelo, un monte solitario, henchido de fieras y sin otro alivio de alimento que el de los árboles. Le bastaban sus frutos para calmar su indigencia<sup>305</sup>.

El mismo tenor de vida tuvo Eliseo que recibió en herencia de su maestro, entre otros bienes, el de preferir los lugares solitarios<sup>306</sup>.

También Juan habitó en el desierto del Jordán, alimentándose de langostas y miel silvestre<sup>307</sup>, para demostrar a la gente que no vale la pena preocuparse por las necesidades de la vida corporal y echarles en cara su oneroso deleite.

Tal vez el mismo Moisés hablara en términos generales de esta ley a propósito del maná<sup>308</sup>. Al anunciar a los israelitas que no debían recoger diariamente más que lo necesario para esa jornada, prescribía con conocimiento de causa que a la vida humana le basta el sustento de cada día, y ni siquiera preparado. Juzgaba conveniente a la condición del ser racional contentarse con lo que le sale al paso y dejar a Cristo ser el despensero del resto, estimando que preocuparse del futuro supone una especie de desconfianza en la gracia de Dios, como si no fuese él quien manda la lluvia inagotable de sus dones sobre todos los hombres<sup>309</sup>.

61. *La fuga mundi de los santos del desierto*

Para decirlo en pocas palabras, todos los santos, de los cuales no era digno el mundo, dejaron la tierra habitada y anduvieron errantes por desiertos, montes, grutas y agujeros, cubiertos con vestidos de piel de cabra, afligidos y maltratados, y huyendo de las malas costumbres de los hombres y de los negocios ajenos que tanto abundan en las ciudades<sup>310</sup>. No quisieron dejarse arrastrar por el ímpetu torrencial y violento de la fogosidad hacia la agitación indiscriminada de las multitudes, alegrándose de pasar la vida entre fieras y considerando menos grave el daño que pudiera originarse de vivir con ellas que el de estar con los hombres. Preferían huir de los hombres como enemigos y fiarse audazmente de las fieras como si de amigos se tratase; pues éstas, por una parte, no enseñan el mal y, por otra, admiran y veneran la virtud<sup>311</sup>.

Así, mientras que los hombres habían decretado eliminar a Daniel, los leones ni siquiera le tocaron; más aún, custodiaron al que por envidia había sido injustamente condenado<sup>312</sup>. Y mientras los hombres impedían la práctica de la justicia, los leones emitían el justo juicio sobre el injustamente condenado. La virtud del santo varón, que había provocado la envidia y la discordia de los hombres, fue objeto de respeto y de honor para las fieras, que carecen de la tendencia innata a mejorar.

## 62. *El asno liberado en el desierto de las pasiones*

Emulemos las virtudes de los santos y, liberándonos de la esclavitud de las cosas terrenas, consigamos la libertad, como el asno dejado libre por el Creador en el desierto que ya no tiene que oír la voz amenazante del arriero y puede reírse del tumulto de las ciudades<sup>313</sup>.

Y si hasta el presente lo hemos preparado para llevar una pesada carga, subyugándolo a las malas pasiones, rompamos ahora los vínculos que le atenazan, aunque a ello se opongan los que no son sus dueños naturales, sino que han usurpado el dominio en virtud de la costumbre. Oigamos aquellas palabras: *El Señor los necesita*<sup>314</sup>. Si las oímos en su plenitud de significado, no sólo como voz y simple sonido, sino como mandato, le enviaremos

en seguida para que, adornado con la indumentaria apostólica, se convierta en vehículo del Verbo, o, liberado para el antiguo pasto del Verbo, busque todo el verdor que se halla tras él, es decir, que, siguiendo a los que se nutren de las palabras de la Sagrada Escritura, encuentre en ellos la guía para alcanzar la vida inefable, recogiendo los frutos con los que alimentarse y gozar por siempre<sup>315</sup>.

Pero hemos de preguntarnos también en qué sentido se dice que el asno salvaje que Dios dejó libre en el desierto fue a buscar cuanto era verde, teniendo el páramo por habitáculo y las plantas salobres por tienda, porque los lugares desiertos y de aguas salobres no parecen aptos para el crecimiento de la hierba, a no ser que se diga que, expulsado el humor de las pasiones, el desierto de las mismas es idóneo para la búsqueda del sentido espiritual en las Sagradas Escrituras<sup>316</sup>.

63. *¡Dejemos ya los juegos de infancia!*

Abandonemos, pues, los asuntos terrenos y elevemos la mirada hacia los bienes del alma. ¿Hasta cuándo permaneceremos ligados a juegos de niños<sup>317</sup> sin asumir en absoluto pensamientos de adulto? ¿Hasta cuándo actuaremos con mayor debilidad que la de auténticos niños sin dejarnos guiar por ellos en el progreso que conduce a la mayoría de edad? Los niños, en efecto, a medida que crecen cambian también sus comportamientos pueriles y pierden con facilidad su pasión por las cosas materiales; pues, para ellos, nueces, dados y bolas son, seguramente, materia de la infancia y viven aficionados a estas cosas hasta que alcanzan la edad del pleno juicio. Hasta ese momento tienen en gran estima procurarse tales objetos de diversión, pero cuando crecen y se hacen hombres los desechan sustituyéndolos con gran interés por las cosas serias.

Nosotros, sin embargo, permanecemos instalados en la infancia y seguimos admirando cosas pueriles y dignas de desprecio, y no queremos ocuparnos de cosas más graves ni asumir el raciocinio que conviene a personas adultas. Dejando a un lado esto, nos divertimos con los asuntos terrenos como con nueces, suministrando motivos de burla a quienes valoran las cosas según su naturaleza. Porque, del mismo modo que es indecoroso ver a un hombre maduro sentado en el suelo dibujando sobre la tierra divertimentos infantiles, así también lo es, y mucho más indecoroso aún, ver a gente que trabajaba afano-

samente por alcanzar el gozo de los bienes eternos revolcada en el polvo de las cosas terrenas, deshonrando con una conducta indigna el mensaje de perfección profesado<sup>318</sup>. Causa de todo esto es, según parece, la idea de que nada vale más que lo que vemos, el no distinguir la excelencia de los bienes celestes de la vulgaridad de la vida presente y el estar sojuzgados por el resplandor de las cosas de este mundo, que parecen bienes y son estimados como tales, y tener el corazón apegado a ellas.

Pues siempre sucede que, en ausencia de los bienes superiores, se valoran más los inferiores, que reciben su condición de aquellos. Luego si tuviésemos una idea más elevada de los bienes futuros, no codiciaríamos con tanto empeño los presentes<sup>319</sup>.

64. *Pobres para evitar el naufragio; desnudos para la lucha*

Comencemos, por tanto, a abandonar de una vez por todas los bienes presentes; despreciemos las posesiones y las riquezas y todo cuanto sumerge la razón en el fondo del mar; arrojemos la carga por la borda, para que la nave pueda salir un poco a flote<sup>320</sup>. Cuando nos sor-

prenda la tempestad, desprendámonos también de las numerosas vasijas, para que la mente que gobierna la nave y los pensamientos que navegan con ella logren salvarse<sup>321</sup>.

De hecho, cuando los navegantes se ven sorprendidos por una tempestad, despreciando sus mercancías, arrojan con sus propias manos la carga al mar, porque consideran que la vida es más importante que las posesiones, y para que la nave, debido a la sobrecarga, no corra peligro de hundimiento, la aligeran de muchas cosas que antes tenían en gran estima echándolas también por la borda al fondo del mar. Si ellos hacen esto, ¿por qué nosotros, en razón de la vida superior<sup>322</sup>, no despreciamos todo aquello que empuja al alma al abismo? ¿Por qué el temor de Dios no puede lo que el temor del mar? Ellos, que aman apasionadamente la vida presente, no consideran gran pérdida la de las mercancías que transportan; nosotros, en cambio, que decimos luchar por la vida eterna, no sólo no despreciamos lo fortuito, sino que preferimos perecer con la carga antes que salvarnos perdiendo esas cosas.

Despojémonos, pues, de todo, os lo ruego; porque el enemigo está desnudo<sup>323</sup>. ¿Acaso los gladiadores combaten vestidos? No. La norma atlética les manda desnudos al estadio y, ya haga frío o calor, entran así, después de haber dejado fuera los vestidos. Y si uno se negase a quitárselos, renunciaría también a la lucha. Nosotros, por el contrario, llamados a combatir, y contra adversarios mucho más veloces que los que luchan sensiblemente en la arena, no sólo no nos despojamos de nuestros vestidos, sino que nos aplicamos a la lucha llevando sobre los hombros gran cantidad de fardos y ofreciendo a nuestros adversarios innumerables presas contra nosotros mismos.

#### 65. *La desnudez exigida al atleta*

Porque ¿cómo podrá combatir contra los espíritus de la maldad el que lucha por las riquezas? Fácilmente se verá golpeado desde todas partes. ¿Cómo podrá combatir contra el espíritu de avaricia el que está asediado por las riquezas? ¿Y de qué manera podrá correr contra los demonios desnudos de toda solicitud el que está envuelto en infinidad de preocupaciones?<sup>324</sup> La Sagrada Escritura

dice, en efecto: *Aquel día huirá el que esté desnudo*<sup>325</sup>. Y no está desnudo el que se viste de la solicitud por las cosas de este mundo como con jirones tejidos por diferentes sitios; no está desnudo el que en la carrera es estorbado por múltiples pensamientos de dinero y de bienes materiales; porque el que está desnudo difícilmente se deja coger, más aún, es inexpugnable a los que le tienden trampas<sup>326</sup>.

Si el gran José hubiese estado desnudo, la egipcia no habría encontrado por dónde agarrarlo; pues la palabra divina dice que le tomó por los vestidos cuando le

dijo: *Acuéstate conmigo*<sup>327</sup>. Los vestidos son las cosas corpóreas, de las cuales procede el placer que nos domina y esclaviza y de las que debe deshacerse el que disputa su posesión en pugna con el que se las quiere arrebatar.

Así, el atleta de la castidad, cuando se vio arrastrado violentamente al placer de la cópula y de la unión carnal por el vestido con el que debía cubrir su desnudez, comprendió que, para huir de la señora que tenía el poder de retenerlo y obligarlo, le convenía más permanecer desnudo. Por eso, abandonando los vestidos, huyó y salió afuera, andando desnudo como en el paraíso por causa de la virtud y a imitación del protoplasto que, habiendo recibido de Dios el don extraordinario de la desnudez<sup>328</sup>, lo mantuvo hasta que le llegó el tiempo de tener que vestirse debido a la desobediencia. En efecto, mientras combatió contra los adversarios que le aconsejaban desobedecer el mandato de Dios estuvo desnudo como un atleta en la arena; pero se vistió justamente cuando, derrotado y puesto fuera de combate, depuso su desnudez con el hábito atlético.

66. *La unción que hace libres*

Por eso, el autor de los Proverbios dice al que unge al luchador: *Quítale la indumentaria, pues ha salido ya*<sup>329</sup>. Porque, mientras está fuera del estadio, justo es que use los vestidos, como hacen también los que no tienen que luchar, ocultando así bajo la vestimenta su fuerza para la pelea; pero, cuando sale para el combate, se le despoja del manto, pues debe luchar desnudo, y no sólo desnudo, sino también untado. Porque si la desnudez convierte al luchador en inaferrable para el adversario, el aceite hace que, apresado el luchador, pueda huir fácilmente de su contrincante. Por eso los contendientes procuran esparcir tierra sobre los adversarios para poder agarrar sus cuerpos resbaladizos por el aceite, una vez que el polvo los ha secado y vuelto ásperos.

Lo que allí es el polvo, son los negocios mundanos en nuestra lucha espiritual; y lo que allí es el aceite, es aquí la ausencia de preocupaciones<sup>330</sup>. Y como el untado de aceite se libera con facilidad de lo que ellos llaman vínculos, pero si se seca con el polvo difícilmente escapa de las manos del adversario, así también aquí el que está libre de toda solicitud es inaferrable para el diablo, pero el que se deja envolver por las preocupaciones de la vida como por cierto polvo que vuelve áspera la tersura de la solicitud de la mente, difícilmente escapa de las manos de aquel.

## 67. *El lirio en medio de las espinas*

Propio del alma perfecta es estar libre de preocupaciones; distintivo del alma impía, en cambio, estar atribulada por las solitudes del mundo. Pues del alma perfecta se dice que es lirio en medio de espinas<sup>331</sup>. Esto la revela como la que vive libre de afanes en medio de gentes llenas de preocupaciones.

El lirio del evangelio simboliza también al alma libre de afanes, porque ni trabaja —dice—, ni hila y, sin embargo, está revestido de una gloria mayor que la de Salomón<sup>332</sup>. Mas de los que viven agobiados por las cosas del cuerpo, dice la Escritura: *La vida del impío está toda ella envuelta en solitudes*<sup>333</sup>. Porque impío es aplicarse toda la vida al cuidado de las cosas corpóreas, sin mostrar ningún interés por las realidades futuras; gastar todo nuestro tiempo en el cuerpo, aunque no necesite de muchas atenciones, y no dar siquiera un poco del mismo al alma, que tanto tiempo requiere para su progreso, tanto que no le basta la vida entera para el logro de la perfección. Y si nos parece que nos concede algo, indolente y descuidadamente se lo ofrecemos, dejándonos engañar por la apariencia de las cosas visibles y sufriendo la suerte de aquellos que, para su desgracia, se dejan enredar por mujerzuelas realmente repelentes que, faltas de auténtica belleza, inventan una belleza falsa con el fin de tender lazos a los que las miran, procurando ocultar su deformidad con las argucias del maquillaje. Porque, una vez

sometidos a la vanidad de las cosas presentes y engañados por la pasión, nos incapacitamos para ver la fealdad de la materia.

68. *La necesidad es la medida del tener*

Por todo esto, no nos contentamos con lo necesario, sino que, llegados a la saciedad, que es detrimento de la vida, nos rodeamos de posesiones de todo género sin caer en la cuenta de que la medida del tener es la necesidad del cuerpo y de que cuanto excede esto ya no es necesidad, sino desorden. Pues del mismo modo que una túnica hecha a medida es para el cuerpo no sólo útil, sino también hermosa, pero la que rebosa por todas partes, se enreda a los pies y es arrastrada indecorosamente por el suelo se convierte en un estorbo para cualquier actividad, así también la posesión que excede a la necesidad corporal es impedimento para la virtud y, por ello, algo muy digno de condena por parte de quienes pueden inquirir la naturaleza de las cosas<sup>334</sup>.

En consecuencia, no debemos juntarnos con los que se dejan engañar por las realidades sensibles, ni seguir de manera irreflexiva a los que, por no prestar atención a las realidades inteligibles, andan tras las cosas terrenas; esto sería como recurrir a los ciegos para que juzguen de los colores o servirse de los sordos como jueces de los sonidos musicales: unos y otros carecen de medios para juzgar lo que está en discusión. Tampoco debe-

mos darles fe como si hubiesen elegido el placer de las cosas presentes en conformidad con la razón, porque son ciegos que, privados de la capacidad racional, carecen de los instrumentos más necesarios para el juicio, dado que discernir entre lo laudable y lo indiferente es algo innato.

#### 69. *La razón, medida de la necesidad*

Uno de estos ciegos fue Akán, hijo de Carmí, que confesó a Josué haber escondido bajo tierra en la tienda de su vida las cosas que había robado y haber soterrado la plata debajo de estas cosas<sup>335</sup>. Así, considerando superiores los objetos variopintos y brillantes de la materia, sepultó la razón debajo de ellos, dejándose engañar y cediendo como un animal irracional a las vanas imágenes que lo seducían, puesto que había destronado a la razón degradándola de su solio real y colocándola al nivel de los súbditos o, más bien, en el banco de los acusados.

Si aquélla hubiese permanecido asida a su propia dignidad y se le hubiese confiado el juicio de las cosas aparentes, habría emitido una justa y recta sentencia, condenando el impulso que se precipitaba en el engaño.

Es bueno, por tanto, mantenerse dentro de los límites de la necesidad y esforzarse con todo empeño por no sobrepasarlos. Pues, si uno se deja llevar un poco por el deseo de los placeres de la vida, ya no hay manera de detener el impulso primero, porque no existe límite para lo que excede la necesidad: el ardor es realmente ilimitado y la vanidad infinita, como llama que alimenta el de-

seo cuando se le agrega el pasto, acrecentando cada vez más la fatiga que estas cosas conllevan<sup>336</sup>.

#### 70. *El imperceptible tránsito hacia lo superfluo*

En efecto, cuando los que sobrepasaron una vez los límites de la necesidad natural comienzan a avanzar por el camino de la vida material, quieren añadir al pan un dulce condumio y al agua un vino, primero ordinario y después más exquisito; no soportan andar con vestidos usuales, sino que, primero, se los compran de lana, y de la más esplendorosa, escogiendo la misma flor de la lana, después pasan a los tejidos de lino y lana con artificio; finalmente, se procuran vestidos de seda, primero simples y después recamados con escenas de guerra, figuras de animales e historias de diverso género; se forjan vasos de plata e incrustados de oro no sólo para el servicio de los banquetes, sino también para uso de los animales y para ponerlos sin reparar en el número junto a los divanes.

¿Qué necesidad hay de seguir hablando de su intempestiva ambición? La ponen de manifiesto hasta en los usos más despreciables, pues juzgan indigno de su condición fabricar los recipientes destinados a los excrementos del cuerpo con otra materia que no sea la plata, usándola también para este servicio<sup>337</sup>. El placer se ex-

tiende, pues, hasta el extremo de dignificar con ostentación material las acciones más bajas. Pero esto de poseer lo superfluo va contra la naturaleza.

#### 71. *El deber de vivir según la naturaleza*

Vivir conforme a la naturaleza es, en efecto, el mandato que nos dio el Creador tanto a nosotros como a los animales. Porque dijo Dios al hombre: *He aquí que os he dado toda hierba del campo; será alimento para vosotros y para las fieras*<sup>338</sup>.

Habiendo recibido, pues, el alimento en común con los animales, ¿cómo no juzgar con justicia más irracionales que ellos a quienes lo pervierten con invenciones perniciosas?<sup>339</sup> Mientras las fieras se mantienen dentro de los límites de la naturaleza sin sobrepasar ni un ápice lo dispuesto por Dios, los hombres, por él honrados con la inteligencia, nos hemos apartado totalmente de su legislación originaria. Pues ¿qué refinada glotonería hay en-

tre los animales? ¡Cuántas son, en cambio, las técnicas de panaderos y cocineros para servir a los placeres del vientre miserable! ¿Cuando aquellos comen hierba, no gustan acaso de la primitiva frugalidad, contentos con lo que encuentran, teniendo por bebida el agua de las fuentes y ésta tal vez en contadas ocasiones?

Por eso reducen los placeres sexuales, no dando incentivo a los apetitos con ningún alimento pingue, ni fijándose nunca en lo que distingue al macho de la hembra. Sienten, efectivamente, esta diferencia una sola vez al año, cuando la ley de la naturaleza les descubre la vía de la cópula para que se produzca la fecundación del semejante y no se extinga la especie; pero, fuera de ese tiempo, son tan extraños el uno al otro que se olvidan totalmente del estímulo que provocó su unión. En los hombres, por el contrario, el deseo insaciable de los placeres venéreos, que brota de la suntuosidad de los alimentos, disemina locas apetencias sin conceder tiempo de tregua a la pasión<sup>340</sup>.

## 72. *La caída de los victoriosos*

Puesto que tanto es el daño que deriva de la posesión, siendo ésta la causa maligna que suministra estímulos a todas las pasiones, eliminemos la causa misma, si tenemos realmente a la vista la salud del alma. Curemos la pasión de la avaricia con la pobreza<sup>341</sup>. Huyamos del

bullicio de los hombres vanos abrazando la soledad, pues la convivencia con los más frívolos es dañina y destructiva para el que vive en paz<sup>342</sup>. Porque como los que viven en una atmósfera apestada enferman sin remedio, así los que conviven con cualquier tipo de personas se contagian de su malicia.

Pues, ¿qué pueden tener ya en común con el mundo los que han renunciado a él? Está escrito, en efecto: *Nadie, prestando el servicio militar, se enreda con los negocios de la vida si quiere complacer al que lo alistó*<sup>343</sup>; porque la dedicación a los negocios impide la práctica militar. ¿Cómo podremos resistir, luchando contra expertos de guerra, si antes no nos hemos ejercitado? Si hay que decir la verdad, combatimos tan desganados y tan sin energías que no podemos hacer frente al enemigo ni siquiera cuando se encuentra caído, y estando nosotros en pie acabamos siendo víctimas de las acechanzas del que yace por tierra.

Tal es la desgracia que sufren en las guerras los que, empujados por la avaricia, despojan a los muertos, siendo muchas veces asesinados después de la victoria por los que yacen en tierra y muriendo miserablemente, tras haber conquistado los trofeos, a causa de la torpe ganancia. Esto mismo lo padecemos nosotros ahora, al acercarnos al enemigo caído y moribundo.

Aquellos, ansiosos de riquezas, se pusieron a rebuscar en los cuerpos de los muertos, y muchas veces, al acercarse y despojar de sus vestidos a alguno de los que estaban aún con vida, recibieron por sorpresa un golpe mortal y cayeron, echando a perder de la manera más absurda la gloria de la victoria. Así también nosotros, después de haber combatido al Bárbaro mediante la virginidad y la continencia<sup>344</sup>, y cuando tenemos la impre-

sión de que ya lo hemos vencido, enamorados de las vestiduras que lo envuelven y que tan honorables parecen a los hombres, a saber, riquezas, poder, salud y gloria, nos acercamos a él, deseosos de hacernos con alguna de sus posesiones, procurándonos de este modo la muerte al ofrecernos a nosotros mismos como víctimas de degüello.

### 73. *La avaricia, causa de ruina para la virginidad*

De la misma manera perecieron las cinco vírgenes, después de haber vencido al enemigo por medio de la virginidad y la continencia<sup>345</sup>; pero, debido a la dureza de corazón que engendra la avaricia, se arrojaron a sí mismas sobre la espada del que, por estar caído en tierra, no podía matarlas a ellas que permanecían erguidas.

No deseemos, por tanto, nada de lo que al diablo concierne, para que con las cosas que le pertenecen no perdamos también el alma. Él, en efecto, sigue provocando y excitando a todos, particularmente a los que se dejan persuadir, hacia esas mismas cosas.

Pues, si llegó a tentar al mismo Señor, diciendo: *Todo esto te daré si te postras y me adoras*<sup>346</sup>, e intentó seducir con bienes terrenos de aparente esplendor al que no tenía necesidad de ellos, ¿cómo no va a creer que puede engañar a hombres que, por ser proclives al deleite de las cosas sensibles, son fáciles de capturar?

Ejercitemos la mente en la piedad<sup>347</sup>, enderezando convenientemente el ejercicio del cuerpo; porque la gimnasia corporal, que se asemeja a las disciplinas propias de niños, es de poca utilidad; en cambio, la piedad es muy útil, puesto que provee de una buena complexión al alma de los que aman la victoria contra las pasiones enemigas<sup>348</sup>.

#### 74. *El alma menstruada*

Pues, como a los atletas de la primera edad, que todavía realizan ejercicios infantiles, les es muy útil ejercitar el cuerpo y mover continuamente sus miembros, mientras que a los atletas de edad madura les conviene más procurarse el vigor apto para la lucha y unirse para los certámenes sagrados, así también a los principiantes en la vida de piedad les es muy provechoso impedir las actividades de las pasiones, porque siempre es de desear que los enardecidos por los placeres con los que se han alimentado y los impulsados, en general, involuntariamente hacia los vicios que introduce la costumbre dominen las pasiones. Pero los que ya han superado la fase de la virtud práctica, ocupándose ahora de las actividades relativas a la contemplación<sup>349</sup>, deben custodiar con el máxi-

mo interés el pensamiento, de modo que no se dejen mover inadvertidamente y se precipiten hacia alguna imperfección o torpeza<sup>350</sup>.

Los primeros han de cuidarse de moderar los movimientos del cuerpo; los segundos, de educar los impulsos del alma, moviéndose con regularidad hacia la sola vida filosófica, para que ninguna imaginación mundana separe a la inteligencia de los pensamientos más divinos. Es preciso, en efecto, que la entera aspiración del hombre piadoso se concentre de tal manera en su objetivo que las propias pasiones no encuentren tiempo en absoluto para activar pensamientos misántropos<sup>351</sup>. Pues si cada una de las pasiones, cuando bulle en el que ha implantado su dominio, mantiene encadenada la mente, ¿por qué el celo de la virtud no ha de poder conquistar también el pensamiento libre de las restantes pasiones? ¿Qué sensación de los objetos externos podrá tener, en efecto, el irascible que lucha mentalmente contra la imagen del que se aflige a sí mismo? ¿Y qué otra sensación podrá tener el que desea ardientemente las riquezas cuando, encadenado por la imaginación, fija los ojos en los bienes materiales que puede procurarse?

El disoluto, estando en compañía de algunos, muchas veces entorna los órganos de los sentidos y, asiendo el rostro de la persona deseada, se entrega a él, olvidado de los presentes, y permanece inmóvil y mudo como una columna, sin darse cuenta de nada de lo que tiene ante sus ojos o de lo que se habla a su alrededor, puesto que se halla totalmente ensimismado y poseído por la imaginación.

Probablemente de esta alma diga la Escritura que se encuentra en período de menstruación<sup>352</sup>, cuando, aleján-

dose de sus sensaciones, viene a reducir su propia actividad, sin lograr percibir absolutamente nada del mundo exterior por causa de la torpe fantasía que la domina.

75. *La fuerza del amor a la verdadera filosofía*

¡Pero si hechos como estos subyugan así el pensamiento por una pasión amorosa y vuelven inoperantes los sentidos, cuánto más el amor de la filosofía hará separarse de las cosas sensibles y de los mismos sentidos a la mente, arrebatándola hacia lo alto y aplicándola a la contemplación de las realidades espirituales! Pues como el que sufre heridas y quemaduras pierde capacidad receptiva para los malos pensamientos por estar dominado por el dolor, así el que es víctima de pensamientos apasionados se vuelve incapaz de rechazar la pasión que ocupa su mente, afectándola por entero con su propia cualidad; porque el placer no admite el esfuerzo, ni la alegría el sufrimiento, ni el gozo la tristeza. Por otra parte, tampoco el esfuerzo, cuando domina, acepta el placer; ni cuando impera la aflicción se le adjunta la alegría; ni la tristeza está mezclada con el gozo. Las pasiones contrarias entre sí no pueden combinarse unas con otras; y no pueden convenir nunca en lo mismo, ni llegar a una armoniosa y amigable comunión, puesto que son enemigas y adversarias irreconciliables por naturaleza<sup>353</sup>.

Por tanto, que la pureza de la virtud no sea envilecida por el pensamiento de las cosas terrenas, ni la nitidez de la contemplación se vea turbada por las solicitudes corporales, para que la imagen de la filosofía verdadera, resplandeciendo con belleza propia, no sea ultrajada más por los arrogantes, ni se convierta en objeto de burla a causa de la impericia de los que la representan en la vida, sino que sea alabada, si no por parte de los hombres, sí por parte de las potestades celestes o del mismo Cristo Señor, del cual también los santos buscaban alabanza. Así el gran David que, habiendo despreciado la gloria humana, pide a Dios su palabra benévola en estos términos: *De ti, mi alabanza*<sup>354</sup>, y más adelante: *Mi alma se gloriará en el Señor*<sup>355</sup>. Porque muchas veces los hombres, por envidia del bien, nos desacreditarán con calumnias, pero la suprema Corte del cielo juzga los asuntos con rectitud y distribuye sus decisiones según la verdad de los hechos.

Obremos, pues, conforme a nuestro deber de complacer al tribunal celeste con el encanto de las obras. Los hombres, que carecen de facultad tanto para recompensar a los que vivieron bien como para castigar a los demás, podrán denigrar por envidia o simpatía nuestras acciones virtuosas, lanzando acusaciones calumniosas contra nuestra vida, aprobada no sólo por Dios, sino también por los hombres; pero la recompensa de los bienes eternos para los que hayan vivido rectamente llegará en el tiempo de la retribución universal, no según la opinión de los hombres, sino según la verdad de los que así vivieron.

De tales bienes nos sea concedido gozar a todos nosotros por gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo, con el cual damos gloria al Padre y al Espíritu Santo, ahora y siempre y por los infinitos y eternos siglos de los siglos.

Editado por Manuel Arnaldos, ed. EJC, Molina de Segura 2024

[ver más autores y libros aquí](#)

Act: 01/09/2024 @escritores de iglesia +ENCICLOPEDIA MERCABA, MURCIA